



APUNTES

PARA UNA

TRAGI-COMEDIA

POLÍTICO-SOCIAL

EN DOS ACTOS, UN PRÓLOGO

Y TRES CUADROS

A representar, allá donde haya
"nada menos que todo un hombre"

Agustín Veguilla Alcántara

LA IDEA....

APUNTES

PARA UNA TRAGI-COMEDIA

POLÍTICO-SOCIAL

EN DOS ACTOS, UN PRÓLOGO Y TRES CUADROS

A REPRESENTAR, ALLÁ DONDE HAYA
"NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE"

POR

AGUSTÍN VEGUILLA ALCÁNTARA

SEVILLA Y MAYO, 1917

SEVILLA
TIPOGRAFÍA DE GIRONÉS, FRANCOS, 49
1918

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA MERCEDES. . . . . . (55 años; madre de CARMEN).	Sra. ....
CARMEN. . . . . (30 años; compañera de ERNESTO).	Sra. ....
MANOLÍN. . . . . (12 años; hijo de ERNESTO y CARMEN).	Srta. ....
ERNESTO. . . . . (34 años; justo, bueno, pasional).	Sr. ....
PADRE FLORIDO. . . . . . . (32 años; hermano de CARMEN.-Sacerdote).	Sr. ....
MIGUEL. . . . . (24 años; hermano de ERNESTO.-Indiferente).	Sr. ....
DON FRANCISCO. . . . . . . (56 años; dueño imprenta.-ERNESTO regentea).	Sr. ....
"EL RUBICHI". . . . . (22 años; alcohólico).	Sr. ....
"EL RENGAO". . . . . (34 años; alcohólico).	Sr. ....

Obreros, idiotas, alcohólicos, chulos, gente del "hampa", en fin, al terminar la obra, final tercer cuadro.

A la "Sociedad de Autores Españoles" con profundo respeto y admiración.

[illegible]

¡Sevilla! 1 Enero 19[illegible]

A mis hijos Carmina, Agustín y Miguel,

almitas que modela

El Autor.

Al Centro Andaluz.=Sección Sevilla

SEÑORES:

Antes de presentaros en toda su desnudez a mi muy queridísimo y robusto hijo espiritual, permitidme ofrezca mi agradecimiento más profundo a los señores Presidente y Secretario de este, para mí, tan simpático y culto CENTRO ANDALUZ.

Y, al margen de este agradecimiento, he de hacer constar una observación muy en consonancia con el amplio y desinteresado espíritu que informa y preside los actos todos de estos abnegados ciudadanos.

Con una cultura que les honra y alteza de miras, patrimonio sólo de almas grandes, no me fué preguntado el por qué de mi obra, su argumento y mucho menos la esencia de ella y el motivo de mi justo y natural propósito. Esto, por sí sólo, revela una superior educación social, muy en armonía con los tiempos y aires de fronda que en estos críticos momentos atravesamos.

Pero ya, entre ustedes, me debo a vuestra atención y benevolencia, y habéis de escuchar—por Amor y no por Fuerza

—les diga quién soy y por qué me encuentro en este, para mi espíritu, tan grato lugar.

Soy, señores, un idealista; eterno soñador, que alienta y vive en otra sociedad más digna y armónica, que no en balde nos hace pensar en la sublimidad del drama en el Gólgota, a través de los siglos....

Sin esa—a mi juício—fría y desordenada educación superior de los primeros años, que en escuelas y centros de patrón caduco se da, yo empecé a luchar en la vida desde muy niño.

Hacía falta en mi casa de aquella época el escaso producto de mi pequeño esfuerzo, y empecé a sudar los primeros céntimos en una imprenta.

Contaros las privaciones y el calvario de mis días juveniles, sería recordar la propia existencia de algunos, o de muchos, que ahora me escuchan y padecen esta mi pobre e insípida palabra.

Baste saber que cumplí los treinta y siete estíos de mi vida sin que en mi conciencia, tranquila y soberana, se halle impresa aún una tan sólo página de sangre y negror. Es decir, que duermo como un bendito.

Llegué así a la madurez de mi juventud, y habiendo gozado la transformación de mi propio sér, divino despertar de los sentidos, visión celeste y luz del cielo, y pensando que el hombre vino a la tierra para algo más que comer y trabajar, yo os ofrezco aquí, con toda la modestia de mi vida sencilla y azarosa, las primicias de mis amores por la literatura teatral, observaciones de mi existencia en esta gran Universidad de

la Vida, que tanto enseña, y donde se aquilatan y pulimentan las vibraciones del alma y los choques entre materia y espíritu.

De este Universal Laboratorio, en el crisol de la más pura fantasía, y al fuego de una fuerte voluntad, toda corazón, nació mi robusto hijo espiritual: esta tragi-comedia político-social, que, si no apuro vuestra paciencia, espero escuchéis con el respeto, cariño y benevolencia que, temeroso y entusiasmado de ustedes, yo, con razón y fundamento, adivino.

He dicho.



A TELÓN CORRIDO

Aparece ERNESTO con el ejemplar de la obra en una mano, y, después de dicho el PRÓLOGO, entregará el ejemplar al apuntador a la vista del público.

ERNESTO, bien vestido, pero sin exageración, dice al respetable desde la batería:

SEÑORES:

El autor de estos apuntes, de temor y entusiasmo lleno, me ruega diga a ustedes no intenta eclipsar a ninguna de las glorias que en este, nuestro viejo y noble solar, son y han sido.

Pretende solamente, a modo de pasatiempo, haceros éste lo más grato posible, pero sin que crea, iluso él, vaya a descubriros ningún otro Nuevo Mundo, pasto, después, de las aves de rapiña....

....Y empieza el sueño:

Pues, señores: Al anochecer, en una ciudad alegre y hermosa, y de suyo indiferente y confiada, después de hacer la vida más sencilla y modesta, se durmió nuestro hombre, ¡y soñó!

Y, de lleno ya en el campo sin campo y sin límites de la más sana y pura fantasía, vivió, a su modo y manera, lo que nadie ha visto ni verá:

Una ESPAÑA tan próspera y feliz, tan RESPETADA Y NO TEMIDA, que las pocas naciones que quedaran de aquel loco torbellino bélico, el más sangriento y cruel que el mundo civilizado viera, la tomaron por modelo de pueblo joven, con tan sanos y rectilíneos derroteros, por sus tan profun-

das y sabias raíces, que, asombrados los que de aquella tan culta matanza, espantados, escaparan, hubiéronla de rendir, CON AMOR Y NO POR FUERZA, la más solemne y noble cortesía que jamás Sanchos ni Quijotes vieran.

....Rotos ya los viejos moldes de una política arcaica y marrullera; desaparecidos para siempre hombres vacíos de ideales, como llenos de mezquinas pasiones y escaso intelecto; enterrados códigos y pergaminos que pugnaban con la época y costumbres del tiempo, y, en una palabra, hecha la más justa y humana de las revoluciones, triunfó la juventud y el saber, en constante lucha contra pícaros y malvados que asaltaron la política sin pizca de merecimientos y carentes de toda idea de ARMONÍA Y JUSTICIA humanas.

De las ruínas de una ESPAÑA vieja nació la JOVEN ESPAÑA, tan fuerte y unida, que hizo exclamar a aquellos otros hombres:

"*Hagamos una España tan grande y digna, con brotes tan recios, que las generaciones venideras nos tengan por locos.... sublimes.*" ¡Por divinos locos!...

....

«El mundo está viejo y chochea»—dice Benavente.— El mundo, como la tierra, esquilmado por la labranza de tantos siglos, perdió el *humus*, o materia orgánica, y ha menester del abono fósforo para que reaccione y marche.

Deshechas las cadenas de la pereza, del temor y la vacilación; libre ya la tierra de verdugos y opresores; felices los más y desesperados los menos; radiante el sol de la más justa y honrada conciencia, la armonía más sublime e ideal presidía los actos todos de nuestro pueblo, que, PORQUE SUPO Y QUISO, se hizo el paraíso de aquella época, quintaesencia de un mundo más bueno y mejor, para gloria y honor de Dios y de los hombres.... (Pausa.)

Pero, por no dar con su bagaje en la Jauja que de niños todos soñáramos, el autor, en una más elevada fantasía, soñó más y más, tanto, que, por no morir del más puro placer en aquella nueva vida, de quimera en quimera, remontó el vuelo, y dió tan bajo con su ya dolorido cuerpo, que vino a caer en la peor de las ínsulas cacico-bravatarias.

Lo que aquí de nuevo soñó, prepararse a verlo y oirlo con la más benévola crítica, que, temeroso y entusiasmado, de ustedes respetuosa y cariñosamente el autor espera.

HE DICHO.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La escena representa una modesta habitación, aireada y limpia, de matrimonio pobre, pero sin estrecheces. Cuatro puertas a derecha e izquierda. La primera, izquierda, da a un despacho; la segunda, de igual lado, a la calle; y las del frente, derecha del espectador, habitaciones interiores.—Pocos muebles, medianamente nuevos, con mesita y sillas en el centro. En la mesa habrá libros, revistas y periódicos.—Al fondo, en el centro, ventana sevillana con flores, macetas y otros "tiestos." La jaula y su canario.—El sol de Mayo, claro, tibio y alegre, entra a torrentes por la ventana, iluminando la escena y dando la sensación de un hogar sano y alegre, *"donde rara vez entra el médico."*—Levantado el telón, aparecen en la calle, en grupo no muy numeroso, unos obreros, jóvenes ellos, en manifestación de franca alegría y reconocimiento hacia ERNESTO, al que acompañan hasta su casa batiendo palmas y dando vivas al compañero digno y al ciudadano honrado.—Quedan parados ante la ventana del camarada, que, algo apresurado y jadeante, de puro contento y satisfecho, parécele el mundo chico en aquellos instantes, para él de tanta gloria.

ESCENA PRIMERA

ERNESTO, y luego, a poco, CARMEN, DOÑA MERCEDES y MANOLÍN

ERNEST. (Entrando de la calle, con el sombrero en la mano, que, momentos antes, cubriera su cabeza, de ilusiones llena. Dirigiéndose, en són de gracias, a los que en la calle esperan.) ¡Gracias, compañeros, gracias!... Les quedo altamente reconocido.... (Mentando nombres supuestos.) ¡Adiós, José! ¡Adiós, Antonio! ¡Hasta luego! ¡Salud a todos!...) Pausa. Marcha al centro de la escena y se sienta, apoyados los codos en la mesita, en actitud pensativa.)

CARMEN. (Que habrá salido con D.ª MERCEDES y MANOLÍN.) ¡Tus cosas, como si lo viera! ¡Lo de siempre!... Las propagandas

tuyas, que nada bueno te traerán, y que tantos sinsabores nos proporcionan a todos.

ERNEST. ¡No, Carmen! A todos, no, a ustedes; a los que no sentís estas cosas que tengo yo por sublimes y dignas, y que ustedes no comprenden porque viven en otro mundo diferente al mío.

CARMEN. ¿No lo digo? ¡Lo de siempre! Afán de popularidad, idea de regeneración....

ERNEST. (*Distraído, como hablando en público.*) Pero ya son muchos los que se han dignificado por la luz de la Razón; espero, confiado, que serán muchos más, y esto me basta para dar la más cumplida satisfacción a mi conciencia.

D.ª MER. ¡Bien! ¡Muy bonito!...

ERNEST. (*Sigue distraído.*) ....Y, por si esto fuera poco, alimento mi espíritu con enseñanzas de hombres a quienes tengo por buenos y sabios; los que van más rectos y desinteresados al corazón humano.

CARMEN. ¡Pero, oye! ¿Qué intentas? ¿Qué fin te propones con esas orientaciones de última hora?

D.ª MER. ¿Crees, por ventura, que eres tú el que redima a la sociedad presente?...

ERNEST. (*Como despertando de un letargo.*) Yo no creo nada. Sólo sé que así no hay ciudadanía digna posible y que seremos el escarnio del mundo civilizado.

CARMEN. ¡Qué mundo ni qué escarnio! Para tu familia es para quien tú debes vivir, y nada más. ¡Loco, y más que loco!...

D.ª MER. Lo que dice tu mujer es la verdad. Te volverás loco si sigues con esos aires de redención y acabarás con la tranquilidad que siempre hubo en esta casa. Y todo, ¿por qué? Porque te crees que vas a mejorar de condición al pueblo. ¡Desengáñate! La sociedad está igual que cuando yo era niña.

ERNEST. (*Reposado.*) Sí. Su idea de ahora será, en estas cosas al menos, como cuando usted era niña. ¡Qué entienden ustedes de santa rebeldía! Ustedes, las mujeres españolas, no lo dudo, son las más sencillas en sus gustos, las más virtuosas, y, en suma, las que con más unción y respeto podéis llamarse ante el mundo ¡¡madres!! Pero de esto, con ser tan grande, a que sepáis lo que es idolatría por una idea única, hay un abismo, como el que existe entre el hombre redimido por la fe de un mañana más justo, y el imbécil de taberna que da su voto, y con él su libre albedrío, al mejor postor. ¡Pobre pueblo, que así olvida al que murió en la cruz para darnos Libertad!...

CARMEN. Pero, ¿qué ha sucedido que vienes hoy como nunca?

ERNEST. ¿Pero no te acuerdas?... ¿No sabes que hoy han sido las elecciones a Cortes?

CARMEN. (Con indiferencia.) Sí; sabía que unos señores, todo lo respetables que tú quieras, se presentaban para diputados, con sendos programas (que cada uno el suyo lo cree el mejor), y.... nada más.

ERNEST. No ha sido eso solamente, mujer.

CARMEN. Pues, entonces, ¿qué?...

ERNEST. Algo, para mí, más importante. Mira: si acertaras su transcendencia, la misma emoción que su conocimiento te causara te haría amar esta idea que llevo yo como aureola que nimba un porvenir más dichoso.... y acaso no muy lejano....

CARMEN. Lo dicho; estás hoy de remate.

ERNEST. Déjame en paz, Carmen; no exaltes más con tu ignorancia mi fe de toda la vida, porque te diré cosas que sólo tú, y otros como tú, jamás llegaréis a creer ni a sustentar.

CARMEN. (Con calma.) Verdad es que no entenderemos nosotras de esas grandes cosas que tú alimentas con tanto fuego; pero también es cierto que me apenas con tus doctrinas regeneradoras; que me temo te suceda algo malo, y que estoy dispuesta a impedirlo, sea como sea.

ERNEST. Nada podrás conseguir por quitarme del camino emprendido.... Pues está tan grabada en mi alma la fe, con tan claros y fuertes caracteres, que tan sólo el paso al reino de la nada matará en mí estas ánsias que da el sentirse fuerte ante tanta pequeñez e indiferencia, ante imbecilidad e incultura tantas.

D.ª MER. Te hemos visto muchas veces exaltado, pero, como hoy, nunca.

CARMEN. ¡Eso mismo! Como hoy, nunca.

ERNEST. Eso es lo que ustedes creen.

CARMEN. ¡No, lo que vemos!

ERNEST. ¡Jamás! Que nadie aún penetró en el recinto de una conciencia. (Pausa.)

D.ª MER. ¿Pero es que crees que la tuya sea mejor o más buena que la de los demás?

ERNEST. Nada de eso: Sólo pretendo guiar mis pasos todos por el sendero del bien, y nada más.

D.ª MER. ¿Acaso te crees superior y más bueno que mi hijo, ese modelo de sacerdotes?

ERNEST. Ni me creo superior a nadie, ni más bueno que su hijo. Soy como soy; y con no parecerme a nadie, creo ser feliz; eso es todo.

D.ª MER. ¡Ah, ya!... Creí te figurabas eras más bueno y justo que mi Antonio.

ERNEST. Su hijo, señora, será bueno, no lo dudo. Pero no es el sacerdote que quiere Cristo; no es el cura ideal. El pueblo, que nunca se equivoca en *eso* de poner motes, llama a su hijo Antonio el Padre *Florido*. Es todo un símbolo. Gráfica y bonita forma de pintar un carácter, una manera de ser. Valiera más fuera un Muiños o un Mosén Verdaguer.

D.ª MER. ¿Qué dices? ¿Que a mi hijo le han puesto mote?

ERNEST. ¡Pero si nadie le conoce más que por el Padre *Florido!*

D.ª MER. ¡Los envidiosos, el populacho será quien le diga así!

CARMEN. ¿Pero habrá quien a mi hermano le quiera malamente? ¡Él!... ¡Tan bueno!...

ERNEST. ¡Ni bien ni mal! Sólo que lo ven tan pulcro y perfumado, tan Cristo a la violeta, que, por hallarse tan a su gusto en este ambiente de podredumbre y falsedad, le nombran así porque no pueden llamarle de otra manera. Es lo menos que se le puede decir al representante de una casta de hombres que, pudiendo hacer mucho por mejorar de condición a la sociedad, nada pretenden por encauzarla por firmes y rectos derroteros; nada intentan, por temor a enemistarse con esos ricos, eternos vagabundos de la fortuna; esos que mantienen el fuego vivo de la discordia y de la farsa; con esos que no aman al prójimo como a sí mismos....

D.ª MER. ¡Bueno, bueno! Ahí te dejamos con tus *chifladuras*, que nosotras tenemos que hacer por allá dentro. (Señalando a la derecha.) ¿Vienes tú, Carmen?

CARMEN. ¡Sí, madre! Porque yo, como usted, tampoco entiendo de estas cosas que mi marido llama sublimes.

ERNEST. Que las llamo, no; que lo son.

D.ª MER. ¡Lo que tú quieras! ¿Vienes, Manolín?

ERNEST. Dejadlo aquí conmigo, que él me consolará. (Vanse ellas primera puerta derecha.)

ESCENA II

ERNESTO y MANOLÍN

ERNEST. (Después de una breve pausa.) Y tú, ¿qué piensas de todo esto, mi querido Manolín?...

MANOL. ¿Yo, papá? Pues.... ¡nada! Que te oigo hablar y callo, para aprender; y como veo que eres bueno, pues me digo: —¡Mi papá llevará razón!...

ERNEST. ¡Sí, hijo! Y.... ¿sabes qué es Razón?
MANOL. Pues.... pues.... la Verdad.
ERNEST. ¡Eso es! Estar en posesión de la Verdad. ¿De esas cosas no os hablan en el colegio?
MANOL. No recuerdo, pero me parece que no.
ERNEST. Cierto, hijo; la Verdad se hizo libre y por eso vive en la calle. Pero ¡necio de mí! Te hablo creyéndote ya hombre, sin comprender que eres feliz, porque aún eres niño.... ¿Te molesto con mi charla?
MANOL. ¡No, papá, nada de eso! Sino que, aunque no entienda todo lo que me dices, me gusta mucho oirte, pues hablas de cosas bonitas y me agradan.
ERNEST. Bueno, hablemos de otra cosa. ¿Tienes ya muchas monedas en la hucha?
MANOL. Pues.... si mal no recuerdo, habrá en ella unas cuatro pesetas.
ERNEST. ¿Y qué piensas hacer con tanto dinero?
MANOL. Pues.... lo que tú quieras.
ERNEST. ¡No, eso, no! Quiero me digas qué piensas hacer con esa, para ti, tan grande suma.
MANOL. Pues.... comprar un libro bonito, bombones y dar unas *perras* a los pobres.... más pobres que nosotros.
ERNEST. ¿Y si yo te indicara que todos tus ahorros los dieras al primer viejecito necesitado que viéramos por la calle?
MANOL. Pues...: se los daba, ¡y en paz!
ERNEST. (Besándole en la frente.) ¡Así te quiero, hijo del alma! ¿Tampoco os hablan de estas cosas en el colegio?
MANOL. Tampoco, papá.
ERNEST. ¿De modo, que no les hablan a ustedes de ahorro, amplia caridad, amor, y respeto a pájaros, árboles, flores, del Impuesto Único....
MANOL. ¿Por qué no vas tú al colegio y dices al maestro nos hable de esas cosas tan bonitas?
ERNEST. ¡Inocente! ¿No comprendes que no me haría caso?...
MANOL. ¿Y por qué no?
ERNEST. Porque no van las corrientes por esos cauces. Ve tú al despacho y lee; lee mucho y bien.
MANOL. ¡Hasta luego, papá! (Vase.)
ERNEST. ¡Adiós, Manolín!

ESCENA III

ERNESTO y MIGUEL

MIGUEL. (Entrando de la calle y habiendo escuchado las últimas frases de ERNESTO.) ¡Pero que muy buenas!
ERNEST. ¡Adiós, Miguel!

MIGUEL. ¿Qué? ¿Estabas con tu hijo, enseñándole para sabio?

ERNEST. Sí, algo de eso hubo; pero poco: lo necesario a su edad y sentimientos.

MIGUEL. (Siempre Indiferente.) Pero, hombre, ¡no enseñes a Manolín cosas tan serias, pues lo verás viejo antes de tiempo!

ERNEST. ¿Qué sabes tú de cómo se forma una inteligencia?

MIGUEL. Lo que veo es que torturas, sin querer, una vida que despierta, y haces mal.

ERNEST. ¿Mal has dicho? Pero ¿crees que, predicando el bien, se puede hacer mal?

MIGUEL. Lo que veo es que quieres hacer del niño un hombre antes de tiempo, y.... la verdad, eso no está bien.

ERNEST. Pero, entonces, ¿qué quieres que yo enseñe a mi hijo?

MIGUEL. ¡Nada! Déjalo que corra, que juegue, y, entre carrera y juego, risas y brincos, que poco a poco se vaya dando cuenta del Carnaval en que tú y su madre le habéis metido.

ERNEST. Pero, hombre, ¿no ves que ya va para los doce años? ¡Ya ha jugado bastante! Hora es ya de que vaya pensando en orientarse para las luchas de la vida.

MIGUEL. Aún es pronto. Lugar tendrá de reir y llorar en este gran baile. Déjalo que aún corra y ría, vuele y cante, como jilguero en libertad.

ERNEST. No sé qué pretendes con que ya, a su edad, aún siga corriendo y jugando.

MIGUEL Verlo fuerte, sano y robusto, para que, a la sacudida de su sér, le sorprendan los primeros misterios de la vida en mejores condiciones para la lucha, como tú mismo dices.

ERNEST. Lo que digo es que ya corrió sus inocentes juegos; y desde ahora que empiece a estudiar y a saber para hacerse un hombre de provecho.

MIGUEL. Sí; y a verlo por esas calles como a esos pobres niños enclenques, cargados de libros, que por tantos estudios gastan gafas, y no comen sin meringotes. A los padres les satisface les digan que su hijo «está en *pose* de sabio.»

ERNEST. Pero, ¿qué dices, desdichado?

MIGUEL. Lo que oyes; que dices a mi sobrino cosas que aún no entiende, y haces mal.

ERNEST. Pues has de saber, de ahora para siempre, que, si es tu sobrino, es mi hijo antes.

MIGUEL. (Con calma.) ¡No te pongas así, hombre, que no es para tanto!

ERNEST. ¡Pues no he de ponerme! ¡Si parece quieres im-

pedir eduque yo a mi hijo como entiendo tengo derecho!

MIGUEL. Es que....

ERNEST. ¡Nada! Cuando tú seas padre, enseña a tus hijos lo que gustes, y en paz.

MIGUEL. ¡Bueno, hombre! Perdona si te he dicho cosas que creía justas.

ERNEST. ¡Está bien!

MIGUEL. Descuida, que no me meteré en nada que a la enseñanza de tu Manolín se refiera.

ERNEST. ¡Como quieras! ¡Me da igual! Si te hablo como oyes es porque siempre estás con la misma canción: «Que si enseño al chico cosas que no entiende; que si ese no es el camino; que si torturo su tierna inteligencia,» y un sin fin de frases más que revelan, en ti, la carencia de sentido recto.

MIGUEL. ¡Adiós! (*Aparte.*) Ya se destapó otra vez el nuevo pedagogo....

ERNEST. En fin, para terminar: déjame en paz con mis teorías, como yo te dejo a ti con las tuyas.

MIGUEL. ¡Como quieras! Pero permíteme te diga que, si sigues así, acabarás en loco. ¡Como si lo viera!

ERNEST. ¡En loco!...

MIGUEL. ....Y la verdad, eres mi hermano, y....

ERNEST. ¡Bueno, bueno! Ahí te dejo. (*Vase 1.ª izquierda.*)

ESCENA IV

MIGUEL, a poco CARMEN y luego P. FLORIDO.

MIGUEL. (*Ojeando diarios y revistas.*) Indudablemente, mi hermano es bueno y justo, pero excesivamente apasionado; un idólatra de empuje y fe ardiente, una nueva creación.

CARMEN. ¡Ah! ¿Estás aquí?

MIGUEL. Sí, hace un momento que he llegado. Por cierto que, si más pronto llego, más pronto tengo zaragata con tu marido.

CARMEN. ¿A cuenta de qué?

MIGUEL. A cuenta de lo de siempre. De querer hacer de Manolín un viejo antes de tiempo.

CARMEN. ¡Y que lo digas! Siempre está con el inocente niño: «Que si el poder de la razón; que si la vida vivida; que si la antorcha de la civilización, el sol de la justicia....» Y así un día, y otro, y otro; hasta que enferme más aún del corazón o se vuelva loco....

MIGUEL. Hoy le ha faltado poco para estarlo por esas calles de Dios.

CARMEN. ¿Sabes algo? ¡Cuenta, cuenta!...

MIGUEL. Lo que se dice por casinos y cafés.

CARMEN. ¿Y qué es ello?

MIGUEL. Pues que no llegaba a un colegio en donde no perorara en voz alta y en donde no discutiera con los más principales señores del tinglado de nuestra política.

CARMEN. ¿Sí, eh?...

MIGUEL. Tan a pecho lo ha tomado, que me temo le ocurra algún día algo desagradable. Lo sentiría; es mi hermano y le quiero.

CARMEN. ¡Es natural!

MIGUEL. Y al menos, si lograra algo con sus enseñanzas.... Pero....

CARMEN. De modo, ¿que tú crees?...

MIGUEL. ¡Nada! ¡Desengáñate, nada! Como que muchos a quienes predica se venden luego como burros.

P. FLOR. (Entrando por 2.ª izquierda.) ¡Alabado sea Dios! ¡Santas y buenas tardes! Y por acá, ¿cómo andamos?

CARMEN. ¡Pchs! Regular, Antonio, nada más que regular. Y tú, ¿cómo marchas?

P. FLOR. ¡Así, así!... Pasando, hija, pasando. ¿Y tú, Miguel?

MIGUEL. Ya lo ves, tan campante.

P. FLOR. ¡Para ti es la vida, Miguel!

MIGUEL. ¡Pues lo que es tú, también te la das mala! ¡Ya, ya!...

P. FLOR. ¡Yo trabajo mucho, hijito!

MIGUEL. Sí, sí.... Ya lo veo.

P. FLOR. ¿Y madre, Carmen?

CARMEN. Por allá adentro. ¿Quieres que la llame?

P. FLOR. No, déjala. Ya saldrá. ¿Y qué hay de bueno por aquí?

CARMEN. Nada, lo de siempre. Ernesto, que parece se ha propuesto acabar con la felicidad que siempre hubo en esta casa. Cuando llegaste hablábamos su hermano y yo precisamente del día de hoy.

P. FLOR. ¿Y qué es ello?

CARMEN. Pues que hoy, con motivo de las elecciones, dice Miguel que ha estado por esas calles hecho un loco.

MIGUEL. ¡Vamos, tanto como loco!...

CARMEN. ¡Bueno, que predicaba o peroraba por todas partes en voz alta y como fuera de sí!... ¿No es eso?

P. FLOR. A propósito de Ernesto. Me encarga S. I. el señor Obispo vea la manera de que modifique su manera de ser y ese su temperamento, siempre pasional y rebelde.

MIGUEL. Pues te va a costar trabajo si lo consigues. ¡Cualquierita le quita de la pelota esa pesadilla de su fe!...

CARMEN. Por lo que a mí respecta, sé deciros que hago todo lo posible por desviarle del camino por él emprendido, y.... ¡nada, no consigo nada! Me estrello ante el empuje de su fe ardiente.

MIGUEL. ¡Sí, sí, ya tenéis para rato! ¡Si conoceré yo a mi hermanito!...

P. FLOR. Pues el señor Obispo mucho espera de mí. Me dijo:—Con la autoridad moral que le dan sus hábitos, y la que le presta el ser su hermano político, haga, dulce y cariñosamente, porque ese hombre no siga por donde va y desista del camino por él emprendido, acaso en una mala hora de alocada pasión y desenfrenada fantasía.

CARMEN. Bien quisiera yo darte el trabajo hecho; pero, lo confieso: me considero rendida ya en estas luchas con el padre de mi hijo.

MIGUEL. Yo también, a mi modo y manera, hago lo que puedo, pero nada; con el fuego de su fe habría para alumbrar un pueblo.

P. FLOR. ¡Pobre Ernesto! ¡Creer que el pueblo tenga redención es una utopía engañosa y peligrosa! ¡Ya, ya lo verá, si despierta a tiempo!

MIGUEL. Bueno, señores (Disponiéndose a marchar), hasta la vista. Que no ocurra nada de particular. ¡Adiós, Carmen! ¡Que sigas bueno, Antonio! (Vase 2.ª izquierda.)

CARMEN. / P. FLOR. } ¡Adiós, Miguel!

ESCENA V

CARMEN, P. FLORIDO y a poco D.ª MERCEDES.

P. FLOR. Es lástima que emplee el tiempo inútilmente en convencer a esa pobre gente.

CARMEN. Lo que yo le digo:—Deja a los demás que sigan como quieran y piensa sólo en ti y en tu familia. ¡Olvida para siempre a esos desgraciados!

P. FLOR. Como que esos pobres seres, degradados hasta lo último, no responden más que a impulsos insanos. Se mueven como gusanos, sólo por mezquinos apetitos y bajas pasiones.

CARMEN. Siempre estoy con lo mismo:—¡Déjalos, hombre, que no eres tú el llamado a regenerarlos!...

P. FLOR. Lo peor es que, como cree firmemente que a pesar

de los esfuerzos de nuestra santa madre Iglesia, ese pueblo tiene redención, pone en su labor todo el fuego de su juventud, y, como tú dices muy bien, ¡cualquiera le quita esa pesadilla de su calenturienta frente!... Pero, en fin, ¡ya veremos, ya veremos!...

D.ª MER. (Saliendo 2.ª puerta derecha.) ¿Estás aquí, hijo? ¿Cómo no me habéis avisado?

P. FLOR. Fuí yo quien dije que no se la molestara en sus quehaceres, madre.

D.ª MER. ¡Mira que molestarme tú! ¡Qué cosas tienes! ¡Si fuera otro! ¡Tú no molestas nunca en tu casa ni en ninguna parte!

CARMEN. Hace poco que llegó.

D.ª MER. ¿Y de qué tratábais?

CARMEN. De lo de siempre; de Ernesto y de sus predicaciones.

D.ª MER. (Algo descompuesta.) Mira, Antonio, hijo mío, te digo que no puedo sufrir más lo que pasa en esta casa. Como tú no pongas remedio, no sé lo que va a ser de nosotras y de ese pobre niño.

P. FLOR. ¡Calma, madre! Tengan ustedes confianza en Dios, en el señor Obispo y en mí.

D.ª MER. (Intrigada.) ¡Ah! ¿Con que el señor Obispo sabe?...

P. FLOR. Sí, madre. S. I. lo sabe todo. Está siempre al tanto de lo que ocurre en la ciudad y se cuida mucho de las descarriadas ovejas.

D.ª MER. ¡Qué hombre más santo y más sabio es el señor Obispo! ¡Qué buen pastor!...

P. FLOR. Hoy, precisamente, me habló del particular.

D.ª MER. (Con interés.) ¿Y qué te dijo, hijo, qué te dijo?...

P. FLOR. Lo natural en estos casos:—Vea usted a ese pobre diablo y dígale que no es ese el camino para vivir en paz y en gracia de Dios. Haga usted porque se arrepienta.

D.ª MER. ¡Naturalmente! ¿Y qué más, hijo?

P. FLOR. Que el señor Obispo, que siente por mí predilección y me distingue en asuntos diplomáticos, mucho espera de mí en esta delicada misión acerca de Ernesto.

D.ª MER. ¿Te quiere mucho?

P. FLOR. ¡Mucho, madre!

D.ª MER. (Satisfecha, abrazándole.) ¡Hijo de mi alma! ¡Tú sí que eres bueno!...

P. FLOR. Lo preciso para vivir en este valle de amarguras. Su cariño de madre me ve más bueno de lo que soy, y eso es todo....

D.ª MER. No, hijo; que eres bueno, como se debe ser, y razonable siempre. Contigo se puede hablar, pero

con el marido de esta se hace la vida imposible.

CARMEN. Madre, no tanto. Mi Ernesto es bueno, cariñoso y no creo, como usted, que no se pueda vivir a su lado. Será apasionado, vehemente en demasía por una idea que él cree la mejor y más justa, y nada más.

D.ª MER. De modo, ¿que le defiendes?...

CARMEN. Digo la verdad. Estoy con ustedes en que debemos tratar todos en que viva más tranquilo y feliz en el seno de la familia y se aparte del camino de redención que ha emprendido. Pero en hacerle el más leve daño al padre de mi hijo, en eso, comprenda usted, madre, que no puedo estar conforme, que no debo estarlo....

D.ª MER. ¿Pero no ves, infeliz, que hasta S. I. el señor Obispo quiere que tu marido deje de ser quien es, para que sea más bueno y viva mejor?

CARMEN. El señor Obispo, no lo dudo, será bueno y justo, pero no conoce a mi Ernesto, no sabe cómo es su alma....

D.ª MER. ¡Inocente!... S. I. el señor Obispo lo sabe todo, no se le puede ocultar nada.

CARMEN. Sabrá lo que le cuentan....

D.ª MER. ¡No! Sabe lo que ve.... ¡Todo!

CARMEN. (Con desenfado.) ¡Bueno, sí, lo que usted quiera!...

D.ª MER. (Al P. FLORIDO.) ¿Pero no ves qué hija?...

CARMEN. (Id. íd. íd.) ¿Pero no ves qué...?

D.ª MER. ¡Sí, acaba!...

P. FLOR. ¡Calma!... ¡Tengamos calma!... No hagamos de asunto sencillo, aunque delicado, motivo de funestas discordias, y seamos más prudentes y avisados.

D.ª MER. (Después de una pausa.) ¿Qué piensas hacer tú, hijo?

P. FLOR. ¡Ya veremos, madre, ya veremos!... Antes procede escuchar, con calma y sangre fría, a ese pobre, chiquillo loco.

CARMEN. Bueno, hasta luego.

P. FLOR. ¿Te vas, Carmen?

CARMEN. Sí, tengo que hacer por allá dentro. ¡Adiós, Antonio! (Vase 1.ª puerta derecha.)

ESCENA VI

D.ª MERCEDES, P. FLORIDO y ERNESTO.

D.ª MER. Ya lo ves; comprende que hace mal en ser como es su marido, y, sin embargo, le defiende.

P. FLOR. ¡No, madre! No es precisamente que le defienda.

Ella bien quisiera que Ernesto fuera otro. Comprende que hace mal en tomar las cosas de la vida como las toma; pero ve también que usted trata a su Ernesto quizás con extremada dureza, y ella no puede ver que así traten al padre de su hijo. Es también madre...

D.ª MER. (Airada.) ¿Sí, eh?... ¡Mi marido tenía que ser!...

P. FLOR. (Extrañado.) ¡Madre!...

D.ª MER. Dispensa, hijo, no sé lo que me digo. Ese Ernesto me tiene siempre exaltada.

P. FLOR. Tranquilícese, madre. En estas luchas de los espíritus hay que ser prudente, tener mucha calma, hablar poco y hacer mucho.

D.ª MER. Bueno; pero tú habrás pensado ya algo de lo que debe hacerse. Recuerda que es el mismo señor Obispo quien te lo manda.

P. FLOR. (En voz baja, mirando en todas direcciones.) Ya tengo el plan. Pero es preciso que no se entere nadie.

D.ª MER. ¿Y qué es ello?...

P. FLOR. (Con misterio.) Hacer que deje de ser quien es.... y luego....

ERNEST. (Que sale del despacho.) Qué, ¿tramáis algo contra mí?

P. FLOR. ¡No, hombre!... Sino que mi madre y yo hablábamos, reposadamente, sobre tus predicamentos y teorías.

ERNEST. (Sin mirarlos, hojeando revistas y diarios.) ¿Y qué?... ¿Acaso son malas? ¿Por desgracia me tenéis por loco o falto de razón?

P. FLOR. (Con fingida dulzura.) ¡Nada de eso! Sino que vemos que pierdes el tiempo inútilmente, y que tus enseñanzas se estrellan ante la indiferencia y la burla sangrienta de los hombres.

ERNEST. Lo de la indiferencia, pase, porque es verdad y conozco el pueblo donde vivo y aliento. Pero que se burlen de mí, eso, ni puedo aceptarlo ni lo consentiría.

D.ª MER. Pero es que no lo hacen delante de ti, sino cuando vuelves la espalda.

ERNEST. ¡Cobardes, que no tienen el valor del gesto cara a cara, frente a frente!...

P. FLOR. ¡Cálmate, Ernesto! Y, si me lo permites, te haré unas observaciones nobles y desinteresadas, como mías.... Comprenderás que no en balde soy tu hermano político, que visto este honroso hábito y.... que te quiero.

ERNEST. No tienes que apelar a nada para que yo te escuche; de niño aprendí a escuchar, y, ya hombre, cuando mi conciencia está hecha, aún me place escuchar a los niños cuando éstos dicen y hablan la verdad.

P. FLOR. ¡Bien! ¡Está bien! Pero es el caso, mi querido Ernesto, que no siempre está la verdad a flor de labios, aunque la dicte el corazón. La verdad que tú sueñas es un maravilloso y peligroso símbolo que a muchos asombra. Es el arma de fuego, que mata, en manos del niño.

ERNEST. ¡Naturalmente! Como que la Verdad única, austera y noble, necesita de corazones elegidos y de una preparada educación y cultura especial. De valor y de sangre fría.

P. FLOR. ¡La Verdad! ¿Quién cree conocerla? ¿A quién acercarnos que no se crea en posesión de ella?

ERNEST. La Verdad que yo sueño, la única Verdad, nació allá arriba.

D.ª MER. La Verdad, y todas las cosas de esta y la otra vida las conocen el señor Obispo y los que, como él y mi hijo, están en comunicación con Dios.

ERNEST. ¡Para estos hombres no hay secretos.... domésticos, íntimas revelaciones!... ¡Lo sé, lo sé!

D.ª MER. ¡Ya lo creo, lo que debe ser! ¡Lo que será siempre!...

ERNEST. ¡Siempre, no! Que volverá a lucir el Dios de los humildes, el Dios justo, y entonces se hará la más sublime de las Justicias: la Justicia de Cristo, todo Amor, todo Verdad.

P. FLOR. ¡Es curioso! Nos une y nos separa la misma idea de Dios....

ERNEST. Yo me explico este fenómeno fácilmente. Tú, y los que, como tú, aprendieron a amar la vida, porque no les enseñaron más que sus tonalidades plácidas y fáciles variantes, amáis al Dios indiferente, al Dios de los Ricos. Los que, como yo, pulimentaron sus sentimientos entre pobres y humildes, los que mejor conocemos las negruras de la vida, soñamos siempre con días de redención y de una más perfecta armonía....

D.ª MER. Pero, ¿qué dice este hombre? ¿Te atreves a discutir con mi hijo de estas cosas?

P. FLOR. ¡Déjelo usted, madre!

ERNEST. Su hijo, señora, no es de condición divina, como ustedes creen. Es igual que todos los hombres; tiene una carrera, una misión que cumplir, y nada más.

D.ª MER. Lo que tiene es más amor al prójimo que tú y los que, como tú, siempre estáis renegando y vivís condenados.

ERNEST. ¡Eso, no! Más amor al prójimo que yo, no.

P. FLOR. ¡Igual, Ernesto, igual!

ERNEST. ¡Tampoco! ¡No puede ser! Nos separa el abismo de la realidad.

P. FLOR. Pero, ¿qué realidad es esa?
D.ª MER. ¡La que él se figura!
ERNEST. No, la verdadera, la inconfundible.
D.ª MER. ¡Qué hombre!...
ERNEST. Está clara. De niño, igual que los demás, tú pasaste por la vida sin pena ni gloria. Cuando ya, despertando tu tierna inteligencia, y sin estudio ni preparación delicada y previa, la señora Marquesa te tomó bajo su protección y te metió en el Seminario, quería que aquel simpático y travieso Antoñito fuera cura. Tu aplicación de entonces te llevó al Colegio Romano; había que hacer de ti un sabio para la Iglesia. Concluiste la carrera, y, como eres agradecido, sin condiciones, por no caer en desgracia de la señora Marquesa, que no pára hasta verte Obispo, sigues atado a un ambiente de convencionalismos e hipocresías, a ese medio que tan poco agrada a mi Dios, que es el Dios de los Justos.
P. FLOR. ¡Bueno! Pero, ¿a qué viene todo esto?
ERNEST. ¡Escucha!... En ti luchan el deseo de ser siempre grato a la Marquesa, no perder su protección por llegar a ser Obispo, y la muy justa y noble idea de acercarte a los pobres y humildes de condición, en hacerte simpático al pueblo.
P. FLOR. (*Con frialdad.*) Sí, confieso que....
ERNEST. ¡Espera! Pero como no pueden hermanar nunca lo ficticio y lo real, la verdad y la mentira, tú, y los que, como tú, estáis pegados a este ambiente de la eterna farsa, sois los siempre reos de una mentira que agrada porque os encumbra, y los eternos soñadores de un bello deseo que os espanta.
P. FLOR. ¿Estás loco, Ernesto?
ERNEST. Acaso sí. ¡Pero mi locura es santa!
D.ª MER. ¡Jesús, qué cosas se oyen! ¡Me voy, no puedo oir a este hombre! ¡Adiós, Antonio!... (*Vase 2.ª derecha.*)
P. FLOR. ¡Adiós, madre!

ESCENA VII

ERNESTO y P. FLORIDO.

ERNEST. (*Después de una pausa.*) La realidad es una, para nosotros, sencilla y austera señora, que, porque no puede ser de otra manera, nos separa a los hombres en partidos y partidas, en piaras y colectividades.

P. FLOR. ¡No, hombre! Es que tu imaginación árabe y tus vehemencias de fuego ven defectos donde no los hay y maldad en todas partes.

ERNEST. Es diferencia de medios y apreciaciones engendradas en distintos ambientes y educaciones distintas. A ti te enseñaron la vida plácida en libros sin alma y palacios de cristal; yo la aprendí en noches sin sueño y en días sin pan. Mi cantera da hombres justos y graves. La tuya, indiferentes y cómodos juguetillos de los grandes señores de la eterna farsa.

P. FLOR. Comprende, Ernesto, que siempre han de existir ricos y pobres....

ERNEST. ¡Pero si yo no ambiciono riquezas! Sólo anhelo justicia, armonía, amor....

P. FLOR. ¡Pobre Ernesto!

ERNEST. ¡Pobre, no! Rico, muy rico; con una riqueza que es eterna, porque no es material. ¡Ya ves cómo en nada estamos conformes!...

P. FLOR. Sí, hombre; en algo estamos conformes: en el temor a Dios.

ERNEST. Ni en eso. Si otros le temen, yo le respeto, le amo; tengo confianza en mi Dios.

P. FLOR. Pero, ¿qué Dios es el tuyo que así trastorna tu sér, de modo que, siendo bueno (porque lo eres), a muchos pareces malo?

ERNEST. Mi Dios, como mío, no pertenece a este reino. Es más puro y rígido que el de los demás.

P. FLOR. ¡Indudablemente! Nosotros no podremos nunca entendernos.

ERNEST. Así lo creo. En eso sí que estamos conformes....

P. FLOR. Pero si es lo que yo me pregunto muchas veces: ¿Cómo, a hombres que son buenos, nos separan tan grandes abismos?

ERNEST. Es lo que te dije antes: ¡la realidad! Unos son buenos, a su modo; otros, a su manera; otros, lo parecen; y muchos no lo serán jamás. ¡No pueden serlo!

P. FLOR. ¿Por qué no, hombre?

ERNEST. Porque nos separa siempre la fatal realidad; que, si a veces parece ruda y áspera, es siempre verdad, que no se reviste de falsos oropeles ni de ropajes de artificio.

P. FLOR. ¡Nada! ¡Que no podemos entendernos!

ERNEST. Yo, bien quisiera, lo deseo; pero comprendo nos separan diferencias de origen, brotes esenciales de nuestros primeros años, distinta educación.

P. FLOR. Pero, escucha, Ernesto. Siento por ti predilección y me interesa tu vida. ¿Por qué no vives más felíz,

dentro de ti y con los tuyos, y dejas a los demás?

ERNEST. ¡Pero si yo soy felíz! ¿No comprendes que soy felíz?

P. FLOR. ¡No te entiendo! ¡Dices unas cosas!...

ERNEST. Escucha. ¿Quién crees tú que son mejores y más buenos, los que vienen a la vida en brazos de la fortuna y siguen en ella gozando y triunfando, o los que, faltos siempre de los elementos más necesarios a la vida, sufren y callan, ríen y lloran, y aún son buenos?...

P. FLOR. ¡Sí, sí, bonita manera de ver las cosas!...

ERNEST. Lo que pasa es que el hombre de espíritu fuerte, de sentido rectilíneo y de sano corazón, no puede vivir en este ambiente de pobreza tanta, en donde las bajas pasiones tienen su acomodo y triunfan los pícaros y malvados por falta de entereza y cultura de los más. A estos hombres les llama ¡locos! esa sociedad que, para vivir, no contó con que la más pura armonía debe reinar en estos bajos suelos donde el hombre justo no es nada.

P. FLOR. ¡No, hombre! ¡Locos, no!

ERNEST. ¡Sí, Antonio! Tenemos muchos ejemplos en nuestra Historia. A Colón tacharon de loco y embaucador y dió a España aquel, hoy emancipado, Nuevo Mundo.

P. FLOR. Locos, no; fuera del ambiente, sí.

ERNEST. (Meditando.) ¡El ambiente! ¿Y qué es el ambiente, sino el espíritu de vivos y de muertos que flota y rumorea en el espacio sin límites de la nada? ¡Por eso! Por eso hay que sanearlo, para que, purificado ya, cristalice en obras buenas, que luego los sabios les darán formas....

P. FLOR. ¿Formas de qué?

ERNEST. Formas humanas, leyes justas, doctrinas mejores que vayan acercándose al ideal de un vivir más humano, más en armonía con las enseñanzas del que murió en la Cruz para redimir a aquella sociedad que, si bien no era culta y civilizada, al uso y manera de la de hoy, fué tan ruín y pequeña de alma como la presente. ¡En eso no hemos progresado! El hombre de hoy es como el primitivo, sólo que mejor vestido y perfumado.

P. FLOR. Hé ahí por qué desearía te apartaras del camino emprendido. Comprendes que no hay, por ahora, redención para el pueblo, y, sin embargo, sigues igual que el primer día de tu fiebre alta y regeneradora.

ERNEST. Porque soy fuerte de espíritu, y porque comprendo que el hombre vino al mundo para algo más que comer y trabajar.

P. FLOR. No lo dudo. Pero es que tú eres excesivamente apasionado. ¿Por qué no dejas que otro sea el encargado de mejorar de condición al pueblo? ¿No comprendes que vas a enfermar, más aún, del corazón?

ERNEST. (Como para sí.) ¡Corazón! ¡Qué tirano eres tú también! No admites leyes ni violencias de nadie, y las impones, sin embargo, al mundo entero....

P. FLOR. Ernesto, no sueñes; no seas niño; desecha esa quimera y vivirás felíz.

ERNEST. ¡Qué poco me conoces, Antonio! ¡Vivir yo felíz, dando al olvido mi fe de toda la vida; tirar en un momento al arroyo lo que constituye la esencia de mi propio sér, es pedirme que muera, que deje de existir en el reino mejor de la más pura fantasía!...

P. FLOR. ¡Nada, no hay remedio para ti!

ESCENA VIII

ERNESTO, P. FLORIDO y D. FRANCISCO.

D. FRAN. (Entrando 2.ª izquierda.) Con permiso. ¡Buenas tardes, señores!

ERNEST. ¡Buenas tardes, D. Francisco!

P. FLOR. ¡Mi querido D. Francisco! ¿Qué tal? ¿Cómo le va a usted?

D. FRAN. (Siempre serio.) ¡Regular, nada más que regular! Y usted, ¿cómo marcha?

P. FLOR. ¡Así, así! Pasando, D. Francisco, pasando.

ERNEST. ¿Y qué bueno le trae por esta su casa?

D. FRAN. De bueno, nada.

ERNEST. No le entiendo. Como usted no se explique....

D. FRAN. Seré claro y terminante. Y como alguna vez tenía que ser, he decidido decirte hoy lo que mañana habías de escucharme.

P. FLOR. (Como intentando marcharse.) En ese caso.... Como supongo....

D. FRAN. Quédese usted, padre Antonio. Usted, con sus buenos oficios, me servirá de mucho. (Mirando a ERNESTO.) Digo.... Si Ernesto....

ERNEST. Por mí puede quedarse. Nadie me estorba cuando razono y hablo para todos.

P. FLOR. Como gustéis, señores.

D. FRAN. Es el caso.... que....

ERNEST. ¿Tan importante es lo que tiene usted que decirme?

D. FRAN. Importante y transcendental.

ERNEST. (Siempre reposado.) Pues usted dirá.
D. FRAN. Vengo a proponerte la paz para no seguir viviendo en guerra.
ERNEST. ¿Qué guerra es esa que yo ignoro?
D. FRAN. La que tú has armado en mi casa con tus *chifladuras* regeneradoras.
ERNEST. ¿Cómo explica usted que, siendo yo pacifista por convicción, pueda haber llevado la guerra a su casa, que es mi segundo hogar?
D. FRAN. Pues ahí verás. Desde que empezaste a hablar de redención y de *esas cosas tuyas* a los obreros de mis talleres, que tú pisaste cuando aún eras niño, desde entonces no hay alegría en mi espíritu, parece mi casa otra, y tengo temor de no sé qué....
P. FLOR. Vamos, tranquilícese, D. Francisco; no será tanto.
ERNEST. Comprenda usted.... que....
D. FRAN. Sólo veo que aquellos trabajadores antiguos, tan sufridos y buenos, valían más que los de hoy, ganaban menos y nada exigían. ¡Aquellos sí que eran hombres!
P. FLOR. Verdad, D. Francisco. Eran rebaños, más gratos a los ojos de Dios. Pero la fe va desapareciendo de los corazones, antes cristianos, para depositarla hoy en esos pedestales de falsos dioses, donde, el que más habla a los pobres obreros, es el más embaucador. ¡Utopías, D. Francisco, utopías!
ERNEST. No; ganas de mejorar de condición. De ascender, de progresar, de saber y de valer más. Pues qué, ¿acaso ustedes son de mejor condición que el pueblo? Pues si ustedes y todos tenemos derecho a progresar y a mejorar de vida, ¿por qué os asombra que el obrero, el más necesitado de mejoras materiales, sienta y desee tan justo bienestar?
D. FRAN. ¡Sí! Comprendo que el obrero debe y tiene derecho a mejorar, pero no tanto; que, como estáis poniendo las cosas, va a ver que hablar con ustedes sombrero en mano.
ERNEST. ¡No tanto, D. Francisco, no tanto!
D. FRAN. ¡Pues no sé!...
ERNEST. Lo que pasa es que el hombre-autómata dejó ya de ser muñeco para ser obrero consciente y hombre digno.
D. FRAN. ¡Sí, sí! Eso es lo que pierde al obrero: el creer que, por estar más ilustrado y asociado, puede imponerse al capital, que lo es todo.
ERNEST. Tengamos calma; no saquemos las cosas de quicio y enjuiciemos mejor y más elevadamente.

D. FRAN. ¿Pero crees que se puede tener calma con hombres que se creen únicos y que tienen la rebeldía por sistema?

ERNEST. ¿Pero usted cree que se puede tratar al obrero como cuando yo era niño?

D. FRAN. Yo no creo más sino que así no hay industria ni comercio posible, y que iremos juntos a la bancarrota. Llegada esa hora, ustedes lo pasarán peor, no lo dudes.

ERNEST. Eso es lo que a ustedes les pierde, la soberbia y el creer que nos podrán matar por hambre, cuando, llegada esa hora, todos pereceremos. ¡Todos!

D. FRAN. ¡Eso es: el obrero lo es todo; el capital y la dirección, nada!

ERNEST. D. Francisco, escúcheme con calma, y a ver si nos entendemos.

D. FRAN. ¡No sé, no sé! ¡En fin, ya te escucho! ¡Habla! ¿No es eso, padre Antonio?

P. FLOR. ¡Eso es, escuchemos antes y luego veremos!

ERNEST. El mal que todos padecemos es de origen; es la eterna lucha del hombre con el hombre; la falta de armonía que nos divide en satisfechos y hambrientos, en señores y esclavos.

D FRAN. ¡Filosofía, nada más que filosofía!

P. FLOR. Utopías, diría yo.

ERNEST. No, no es eso; razones basadas en el más puro amor al prójimo.

D. FRAN. ¡Eso no es de este reino!

P. FLOR. ¡D. Francisco, poco a poco! Que yo al menos....

ERNEST. Lo que sucede, señores, es que el obrero despierta del letargo en que le tuvieron siglos enteros, predicándole obediencia y humildad.

P. FLOR. Y qué, ¿acaso es malo predicar resignación?

ERNEST. Hubiese sido mejor aconsejar a los ricos de todo tiempo amor al prójimo, amplia caridad, y a los pobres y oprimidos respeto y cultura. Armonía, en una palabra.

P. FLOR. ¿Pero es que dudas que nuestra Santa Madre Iglesia no predicó siempre eso?

ERNEST. La Iglesia se ocupó siempre de no enemistarse con los ricos a costa de aconsejar resignación a los pobres. Y la verdad, esa no creo sea su misión.

P. FLOR. La Santa Madre Iglesia se ocupa de unos y de otros. Lo que no puede hacer es que esta vida sea un bello Paraíso, aunque bien lo intenta.

ERNEST. Debiera ocuparse más del cielo que de la tierra, como ustedes, los curas españoles, mirar más a España que a Roma. ¡Eso es todo, Antonio!

D. FRAN. ¡Bueno, bueno! Todo eso está muy bien. Pero vamos a lo mío.

ERNEST. Es que todo ello se da la mano, D. Francisco. La Iglesia tiene mucha culpa de algo de lo que sucede entre obreros y patronos, y entre pobres y esos ricos de alma seca.

D. FRAN. Los parlanchines de ahora son los que tienen la culpa de la tirantez que existe entre hombres que debieran llevarse como hermanos.

P. FLOR. ¡Eso, D. Francisco, eso!

ERNEST. Ustedes y los que como ustedes cierran los oídos a las voces de la conciencia.

P. FLOR. ¿Pero qué conciencia es esa?

ERNEST. La que ustedes no queréis oir ni comprender.

D. FRAN. La que tú y otros como tú nos queréis hacer pasar por buenas. ¡Pero no lo conseguiréis! ¡Locos!...

ERNEST. ¡Peor para ustedes!

D. FRAN. ¿Pero no ve usted qué hombre?

P. FLOR. ¡Sí, ya lo veo, D. Francisco, ya lo veo!

ERNEST. Ustedes no ven más que pequeñeces. ¡Tenéis embotada el alma! ¡El corazón no marcha!

D. FRAN. ¡Tú sí que no ves más que ilusiones!

ERNEST. ¡Ilusiones y realidades! Que todo es preciso.

D. FRAN. ¿Pero se puede saber qué pretendes con esas tus orientaciones renovadoras?

ERNEST. Para mí, precisamente, nada; para los obreros, todo el bienestar a que tenemos derecho, dentro de nuestra esfera de acción y propios merecimientos.

D. FRAN. ¡Pide para ti y deja a los demás!

ERNEST. ¡Imposible, D. Francisco!

D. FRAN. ¡Imposible! ¿Por qué?

ERNEST. Porque mis actos todos responden a una ya madurada conciencia, al exacto cumplimiento de un deber, que estimo ya ineludible. Es algo así como si a mi cuerpo le faltara el alma.

D. FRAN. ¿Y qué te pide el alma que así olvidas tu propia existencia?

ERNEST. ¡Armonía! Bienestar para unos y para otros. ¡Amor entre todos los hombres!

D. FRAN. ¡No te entiendo! Confieso que no te entiendo. ¿Y usted, padre Antonio?

P. FLOR. Algunas veces, sí; ¡pero tiene una manera de decir las cosas! ¡Que igualmente me maravilla que me espanta!

ERNEST. A ver si me hago ahora entender: ¿Creen ustedes que sería cosa bella y hermosa que el obrero, al entrar en el taller o en la fábrica, en el

almacén o en el tajo, hiciera su entrada alegre y confiado, risueño y satisfecho?

D. FRAN. ¡Claro que sí!

P. FLOR. ¡Eso no se pregunta!

ERNEST. Pues escuchad: Entra el niño de aprendiz, y como aún nada produce, se le asigna un pequeño sueldo o jornal. Desarrolla sus conocimientos, es ya agente productor y he ahí ahora la labor a seguir: interesarlo en el negocio que a todos nos es común; asignarle el tanto por ciento que por derecho le pertenece.

D. FRAN. Pero eso es imposible ¡No puede ser!

P. FLOR. ¡Utopías, D. Francisco, utopías!

ERNEST. Utopías, no; lo que será, lo que está aún por ver.

D. FRAN. ¿Y entonces, ¿qué nos queda a nosotros los patronos? ¿Morir de hambre?

ERNEST. Si bien menos ganancias, al parecer, la inmensa satisfacción que nos produce una conciencia tranquila y limpia de inquietudes.

D. FRAN. ¡Ernesto, tú sueñas!

ERNEST. Acaso sí; pero tan y mientras mi sueño no sea realidad, no habrá paz entre los hombres, no cesará ese odio entre explotadores y explotados.

D. FRAN. ¿Pero comprendes, Ernesto, que es posible eso? ¿No te engañas a ti mismo?

ERNEST. De ninguna manera. Lo hallo sencillo.

D. FRAN. ¡No sé, no te entiendo!

ERNEST. Se interesa al obrero con el medio o el uno por mil; el medio, el uno, el dos o el tres por ciento, y ese obrero, cuando se ve así tratado y sabe que va interesado en el negocio, según su talento y aptitudes, trabaja más y mejor, se desvive porque su obra salga perfecta, en lo que van ganando todos, y entonces viene la competencia del saber y del trabajo, que más tarde impondrá marcas y rutas en el mercado del mundo, donde se cotice después el talento y la laboriosidad, la constancia y la virtud.

D. FRAN. ¿Pero qué dices, hombre?

ERNEST. Que le déis entrada al obrero en el corazón de los negocios; que no le tratéis como cosa inferior; que comprendan ustedes que tiene derecho a vivir, y verán entonces cómo la armonía preside los actos todos de los que, conscientes en sus deberes y derechos, viven los unos para los otros y Dios para todos....

D. FRAN. Pero, ¿crees posible lo que dices?

ERNEST. ¡Naturalmente! Las dos fuentes de riqueza, el tra-

bajo y el capital, hermanados y de acuerdo, marchar a la conquista de nuevas rutas y mercados.

D. FRAN. ¿Pero de dónde sacas esas cosas que parecen cuentos?

ERNEST. Cuentos, al parecer; realidades que serán quizás en plazo no muy lejano.

D. FRAN. Para terminar: piensa bien lo que haces. Así no podemos seguir. O dejas de ser quien eres, o estás de más en mi casa.

ERNEST. ¡Imposible! Ni usted, con ser quien es para mí, ni nadie, me desviarán del camino que me trazara mi conciencia de hombre justo al tomar posesión de la plenitud de mis sentidos... Quede eso a los pobres de espíritu, a los de voluntad enferma, y, en una palabra, a los eternos dominados por la mujer. ¡Pobres seres, que luego son coronados por el peor y más indigno de los martirios!

P. FLOR. ¡No le entiendo! Confieso que no le entiendo.

D. FRAN. Menos le entiendo yo.

ERNEST. Me entiendo yo. Mi conciencia manda, y basta.

P. FLOR. Pero comprenderás que nuestros deseos no pueden ser más desinteresados, cariñosos y puros.

ERNEST. ¡Sí, sí! Pero os quisiera yo más de otra manera más razonable, con más justo sentido. A ver si ahora me entienden: ¿Creen ustedes que soy buen ciudadano, como buen obrero, padre y compañero excelente?

P. FLOR. ¡Hombre, yo creo!...

D. FRAN. A mí paréceme que....

ERNEST. ....Pues ahí descansa y tiene su base la entereza de mis sentimientos, mi única forma de ser. He ahí por qué no podrán arrancar, ni por grado ni por fuerza, lo que sustenta mi espíritu para vivir con dignidad en otra sociedad más felíz.... Ya me iréis conociendo, ya serán más justos; también se redimirán del medio en que vivimos.

ESCENA IX

Dichos y D.ª MERCEDES

P. FLOR. (A D. FRANCISCO.) Hoy está imposible.

D. FRAN. Así creo yo.

D.ª MER. (Al P. FLORIDO.) ¿Cómo va la fiera?

P. FLOR. Tan fiera.

D.ª MER. Pues hay que amansarla.

P. FLOR. Así lo intento, pero no puedo.

D. Fran. Y usted, doña Mercedes, ¿cómo va?
D.ª Mer. Pasando, D. Francisco, pasando. ¿Y cómo por aquí?
D. Fran. A tratar con Ernesto de cosas del taller.
P. Flor. (A D.ª Mercedes.) ¿Y Manolín, madre?
D.ª Mer. Por allá adentro le dejé.
P. Flor. ¿Y qué hacía?
D.ª Mer. Estudiaba.
P. Flor. ¡Siempre estudiando! ¡Ese chico!...
D.ª Mer. A lo que le enseña su padre. ¡Y qué libros!
P. Flor. Valiera más que....

ESCENA X

ERNESTO, P. FLORIDO, D. FRANCISCO, D.ª MERCEDES y CARMEN

Carmen. (Entrando.) ¡Animada está la colmena, señores! ¡Tanto bueno por aquí, D. Francisco!
D. Fran. ¿Y usted, cómo sigue, Carmen?
Carmen. ¡Bien, y medio satisfecha de la vida!
D. Fran. ¡Quién pudiera decir otro tanto!
Carmen. ¿Pues qué le pasa, D. Francisco?
D. Fran. ¡Nada! Ese Ernesto que....
Carmen. (A Ernesto.) ¿No oyes, Ernesto? D. Francisco está quejoso de ti.
D.ª Mer. Y con razón.
Ernest. No sé por qué.
P. Flor. Lo diré yo por D. Francisco. Pues por haber hecho, de obreros resignados y obedientes, hombres rebeldes e intransigentes. ¿No es eso, D. Francisco?
D. Fran. Así es.
Carmen. Vamos, no será tanto.
Ernest. ¡Está visto! Los que se llaman discípulos de Jesús, o no comprenden la esencia de su doctrina, o les asusta su propia obra.
P. Flor. Jesús no predicó la rebeldía.
Ernest. Jesús, justo y digno, la ejercitaba de hecho. Vivió su época, y como conocía al pueblo, daba a éste las mieles de su alma en dosis de resignación y sublimidad, que luego santificaba con el ejemplo.
P. Flor. ¡Pobre pueblo!, que no comprendió al Maestro.
Ernest. ¡Pobres discípulos, qué mal imitan y aprenden del Maestro! Huyen de la Cruz de madera, y ansían las de brillantes; predican la paz entre los hombres, y blindan las puertas de los conventos.

Preconizan la humildad, y son soberbios; predican la pobreza, y acumulan grandes fortunas. ¡Y así todo!

P. FLOR. Si se prestan a la defensa es por dar el escarmiento a los impíos.

ERNEST. ¡Qué grandes y amargas reflexiones no brotarían del pecho de Jesús, si, al volver de nuevo, contemplara, extrañado, iglesias que parecen fortalezas, conventos que simulan templos de mercaderes!

P. FLOR. Vuestras rebeldes doctrinas trajeron tales medios de prevención.

ERNEST. Es el despertar de los sentidos, lo que os inquieta y os hace temblar.

CARMEN. ¿Pero habrá quien no dé importancia alguna al despertar de los sentidos?

ERNEST. ¡Naturalmente! Me refiero a los elegidos para sentir la Idea en su más alta sublimidad. A los que, como yo, están enamorados de ella, como pintor de su modelo único, de aquella preciosilla muñeca que labrara su fama de artista en días de gloria.

CARMEN. ¡Qué ideal más hermoso el tuyo, y qué poco cristaliza en las conciencias de los hombres!

ERNEST. De los que no tienen alma o llevan el corazón seco. De los eternos analfabetos del espíritu, de los incapaces de sentir nada sublime, nada grande, nada ideal.... Que así como las plantas y las flores no viven sin el rocío de la mañana y las caricias del sol, así, el hombre, para vivir dignamente, ha de llevar en su mente la idea que nos es común a todos, ha de ser rebelde a toda causa injusta, ha de parecerse a Dios.

P. FLOR. ¡Qué sabes tú lo que es una Idea única!

ERNEST. La Idea, nuestra Idea, se forma allá arriba, en las más puras regiones de lo infinito, en ese azul sin límites, donde la fe no mata y desciende hasta aquí abajo, y va a menos su pureza, y llega, por fin, a tropezar con el hombre, que la envenena con su pasión y la enrarece y mixtifica con su pequeñez. Así nació la Idea que sueño; así me la figuro yo.

CARMEN. (Con ingenuidad.) Pero, señores, ¿qué trabajo nos costaría a todos ser buenos, o, por lo menos, menos malos? Pero, nada, Ernesto; a la humanidad no hay quien la salve; es suicida de condición.

ERNEST. Yo no me desanimo; tengo mucha fe en el pueblo. El domingo lo pude ver. Esos compradores de votos, sin pizca de conciencia, llevaban a vo-

tar, como cordero al sacrificio, al hijo del maestro Cruz. ¡Y en qué estado, Dios mío! Alcoholizado como siempre, profiriendo blasfemias, hecho un imbécil. Pues bien; lo llamé aparte, le hablé de lo bueno y ejemplar que fué su padre, de su niñez, de sus malas compañías.... y rompió a llorar como un niño. Nación donde los alcohólicos lloran y los imbéciles, también merece otra suerte, otra dirección.

CARMEN. ¡Eso, sí, a sentimientos no hay quien nos gane!

ERNEST. Y luego, el caso del otro día en uno de los hoteles de las afueras.

CARMEN. ¿Qué fué ello?

ERNEST. Verás: un ladrón de ganzúa dió un asalto en «Villa María.» Estaba ya preparado para dar el golpe a una caja de caudales, cuando, como música del cielo, oye, tocada al piano, la melodía que a él más le agradara cuando niño. Venir a su memoria su afortunada infancia y recordar que un día fué el niño mimado de la fortuna, y éste es el que rompe a llorar, tira al suelo herramientas y linterna y se va a la calle, y no roba. Este pueblo, que tiene ladrones como ese, merece otros gobernantes, otra orientación.

CARMEN. Verdaderamente que es un caso delicado y sublime, del más puro sentimiento. Lo ignoraba.

ERNEST. Pues toda la prensa lo glorificó.

P. FLOR. Bueno; y ¿qué relación tiene eso con la política?

ERNEST. Con la política al uso, con la tan desacreditada política que padecemos, nada.

CARMEN. Eso mismo digo yo.

ERNEST. Pero lo que sucede es que los que han hecho de la política un oficio para medrar y saciar sus apetitos; los que llevan la conciencia en el estómago, les conviene que el pueblo ignorante diga y pregone «que la política, para los políticos.» Pero el día en que el pueblo todo se dé cuenta de que la política digna es la vida de los pueblos, la administración que a todos nos interesa, entonces habrá fiscalizadores, que, sin hablar siquiera, sólo con su presencia, harán que se encauce por derroteros más rectos la administración pública y habremos hecho mucho para llegar a un vivir más perfecto y en armonía con la más pura moral y con las más sanas costumbres.

CARMEN. ¿De modo, que la política?...

ERNEST. Es lo que más se parece a la administración y al régimen de una casa o una familia. Solamente que con más amplios horizontes, con más com-

plicado mecanismo y de más difíciles y variados caracteres.

CARMEN. ¡Qué poco entendemos las mujeres de esa política!

ERNEST. Por eso digo que dignifiquemos la política actual, demos entrada en ella a hombres nuevos y sanos de corazón, y se habrá obrado el milagro que todos apetecemos, que a todos nos es común.

P. FLOR. ¡Desengáñate, eso no lo conoceremos nosotros!

ERNEST. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! Aún somos jóvenes; el pueblo es ya más ilustrado; va para mayor de edad, y se van formando ya estados de opinión, que, bien encauzados, darán buenos frutos.

CARMEN. ¿De modo que tú crees?...

ERNEST. Yo creo en una sociedad más humana, más digna que la presente, que nos haga pensar que no en balde fué sublimado el drama transcendental del Gólgota, a través de los siglos. Y ese día verán las muchedumbres, atónitas, a manera de fenómeno único, los espíritus elevarse en caprichosas y multicolores figurillas, que, al remontarse, se irán purificando de nuevo, hasta volver a cristalizar en Idea única otra vez. Y Cristo volverá a lucir tan radiante y satisfecho, tan nimbado por amor, que nos hará exclamar en el más grande de los éxtasis: *¡Qué pequeños, qué miserables y qué ruínes hemos sido...!*

FIN DEL ACTO PRIMERO

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

Igual decoración que el anterior.

ESCENA PRIMERA

CARMEN y ERNESTO

ERNEST. (Como continuando un diálogo interrumpido.) ...¿Notas, Carmen mía, cómo goza el alma, apacible y dulcemente, al sentir la inefable transformación del espíritu en aras de un más justo y humano vivir?...

CARMEN. ¡Sí! Efectivamente. Ya voy viendo algo más claro; mi venda es menos pesada. ¡Esta ignorancia mía!

ERNEST. Pues si ya tienes en mí toda tu confianza; si mejor y más claro ves el porvenir, ya eres de la Idea, ya te debes a otro mundo más puro e ideal, más perfecto y más feliz.

CARMEN. ...¡Indudablemente! Cuando miramos allá arriba nos vemos tan pequeños, que nada somos ni nada valemos.

ERNEST. ¡Magníficas son estas emanaciones del jardín del alma!

CARMEN. ¡Apacibles ratos en que soñamos despiertos!

ERNEST. Pero es también preciso a la vida el aire de la calle y el escuchar lo que otros dicen y piensan.

CARMEN. ¿Vas a salir?

ERNEST. Sí; marcho al casino. ¡Hasta luego!

CARMEN. ¡Adiós! Que no tardes.

ESCENA II

CARMEN, sola

CARMEN. (Poniendo en orden los diarios, y como hablando con ella misma.) Me parece casi imposible, pero es verdad. Una nueva

luz alumbra para mi existencia otra vida mejor. Y es lo que yo me digo: Mi Ernesto es bueno, cariñoso, trabajador, el ideal de una buena mujer. Reconozco que tiene más talento que yo, que está mejor orientado. Luego tengo que depositar en él toda mi confianza, toda mi fe. Si antes le quería mucho, he de quererle ahora mucho más. (Resuelta.) Indudablemente me considero vencida, y más feliz. ¡Triunfó la Razón! ¡Soy de la Idea!...

ESCENA III

CARMEN. A poco, D.ª MERCEDES

D.ª MER. (Saliendo segunda derecha.) ¿En qué piensas, hija mía? ¿Te convenció, por fin, tu marido?

CARMEN. ¡Cómo no... si es la Verdad la que brota, razonadamente, de sus labios!

D.ª MER. ¡Sí, sí! De modo, ¿que tú le crees? ¿Vas a seguir como él?...

CARMEN. Si le parece, madre, me dejaré influir por cosas de viejos, por rutinas de antaño, por espíritus engendrados en noches de brujas.

D.ª MER. ¡Chiquilla, no te entiendo! ¡Parece mentira! ¡Tú, tan buena, tan obediente antes, y cómo te ha cambiado *ése!*...

CARMEN. ¡*Ese*, no, madre! Mi digno compañero, el padre de mi hijo, mi amor más fuerte, mi más grande amor! ¡Ese, ése es el que ha obrado en mi sér tan grato y apacible trastorno!

D.ª MER. ¿Grato, dices? ¿Crees que es grato tirar a la calle, en un momento, tus ideas de niña, tu antigua manera de ser?...

CARMEN. Lo que creo es que no es posible pensar siempre igual, y a medida que se va formando la personalidad, que se va haciendo la conciencia.

D.ª MER. De modo que ya nada represento para ti. ¿Ya no hay respeto para esta vieja?...

CARMEN. Pero, ¿quién le ha faltado al respeto? ¿Quién piensa en eso?...

D.ª MER. ¡Tú, y los que, como tú, se rebelan contra los que les dieron el ser! (Algo airada.)

CARMEN. (Con marcada calma.) Vamos, madre, no se ponga usted así, no exalte su espíritu, que fué el mío, y vea las cosas como son, y no como usted quisiera verlas.

D.ª MER. ¿Pero crees que se puede sufrir con calma oir a una hija expresarse como tú lo haces?

CARMEN. ¿Pero cree usted que los padres, por muy padres que sean, tienen derecho a hipotecar la conciencia de sus hijos?...

D.ª MER. ¿Y crees tú que los hijos se deben olvidar lo que deben a sus padres?

CARMEN. ¡Nada de eso! No hay que desvirtuar las cosas. Tengamos reflexión y hablemos con calma.

D.ª MER. ¿Pero es que te has propuesto darme un mal rato?

CARMEN. ¡No, madre! Solo deseo hacerle comprender que se puede ser un buen hijo, respetuoso y obediente, sin menoscabo de nada, ni para nadie.

D.ª MER. ¡Si te oyera tu padre!

CARMEN. ¡Pues me daría la razón!

D.ª MER. ¡Él, tan justo, tan bueno y tan reflexivo!

CARMEN. Precisamente por eso; por justo, bueno y reflexivo, me daría la razón.

D.ª MER. O te la quitaría, ¡quién sabe! ¡Ver a su hija hecha otra por las teorías y enseñanzas de su marido! No te lo perdonaría; te lo aseguro.

CARMEN. Ni yo me pondría contra él. Seguiría con mis creencias, que son las de mi Ernesto, ¡y en paz!

D.ª MER. ¿De modo, que no harías caso ni aun a tu padre?

CARMEN. Le haría caso en lo que a él, y sólo a él, le correspondiera hacer.

D.ª MER. ¿Pero es que crees que a un padre se le puede poner límite a sus mandatos?...

CARMEN. ¿Pero es que cree usted que los padres, a su caprichoso antojo, pueden mandar en la conciencia ya hecha de los hijos?... Bien está que de pequeños nos inclinen a lo que ellos entiendan es bueno y justo. Pero una vez llegada la mayoría de edad, no esa que nos faculta a tomar posesión de una herencia, sino la que nos da derecho a pensar libremente, no queda a los padres más que exigirnos, en toda hora y lugar, que seamos honrados y justos, buenos y trabajadores. ¡A eso, a eso sí que tienen siempre derecho nuestros venerados padres!

D.ª MER. ¡Pobre hija! ¡Pensar así, y rebelarse hasta contra sus padres!

CARMEN. ¡No, madre! No me rebelo contra ustedes. Me rebelo contra el pasado, contra un ideal de ultratumba. ¿Qué culpa tienen los padres de vivir con los ojos puestos en el pasado? Para ustedes, son el respeto y la consideración; para el pasado, la fría y serena misericordia de los hechos consumados; el olvido más grande para todo lo que

no encaje en la época en que vivimos; para todo lo que pugne con estos aires de ahora.

D.ª Mer. Sí, ahora se piensa mejor que antes. ¿No ves cómo progresamos?

Carmen. Yo no sé si progresamos o no; lo que sí le digo es que Ernesto me ha hecho ver allá lejos una futura vida mejor y más buena, que tengo en él tòda mi confianza porque él la merece, y que no creo ser mala hija con pensar lo que él piensa y con ser como soy, y como él quiere que sea.

D.ª Mer. Lo que eres una desagradecida.

Carmen. Todo lo contrario, madre. Pues tengo del agradecimiento un concepto tan alto y delicado, que hasta creo ver ese preciado don en los tallos de las flores. Es curioso; riega usted una maceta, y sus hojas y los tallos, agradecidos a tan señalado favor, se mecen suavemente, como diciendo: ¡Gracias, gracias!...

D.ª Mer. ¡Sí, sí! ¡Ya estás tú buena también. Nada, que no hay remedio para ti tampoco.

Carmen. Ni creo estar loca, ni necesito cambiar de aires. Yo, como mi Ernesto, me he trazado una línea de conducta, que creemos es la mejor, y eso es todo. Lo que sucede es que nosotras, las mujeres españolas, nos enamoramos de lo físico, sin tener para nada en cuenta las bellas cualidades del alma, y así resultan luego esas catástrofes que todos vemos y que muchos califican de malos negocios matrimoniales. El caso del Cyrano de Bergerac es todo un síntoma: primero, triunfa lo físico; pero pasa fugaz esa quimera, dura poco el reinado de la materia; y, como cosa duradera, como apoteosis ideal, perdura siempre la esencia y el talento a través de las épocas y de los choques entre el cuerpo y el alma.

D.ª Mer. ¡Qué bonito es todo eso, y qué mal comprendido por mí!

Carmen. ¡Es natural! Ni usted puede pensar como yo, ni yo puedo creer lo que usted.

D.ª Mer. En resumidas cuentas: que he de hacerme la ilusión que ya no eres mi hija.

Carmen. Eso y pensar con los pies es todo uno.

D.ª Mer. Bueno; piensa tú como quieras, y déjame en paz con mis ideas de toda la vida.

Carmen. Conste que no he sido yo quien ha buscado esta cuestión. Recuerde que fué usted quien la inició.

D.ª Mer. Si yo empecé, fué por la autoridad que me concede el derecho de madre.

Carmen. Que usted lo goce por muchos años; pero no

intente desviar lo que ya no tiene remedio, porque es la esencia de otra nueva vida.

D.ª MER. ¡Bueno! Ahí te dejo con tus caprichosas orientaciones. Adiós. (Vase por 1.ª puerta derecha.)

CARMEN. Adiós.

ESCENA IV

CARMEN. A poco, MANOLÍN

CARMEN. Decididamente mi madre, con ser tan buena, vive en otro mundo que el mío. ¡Qué misterios tiene la vida!

MANOL. ¿Estás ahí, mamá?

CARMEN. Sí, hijo; espero a tu padre. ¿Y tú qué has hecho ahí dentro?

MANOL. Estudiaba en mi libro favorito.

CARMEN. ¿Y qué libro es ese?

MANOL. El que nos habla del respeto que debemos a los padres.

CARMEN. A los padres buenos, ¿no es eso?

MANOL. Sí, a los que nos dan buenos ejemplos.

CARMEN. ¡Eso es! A los que siempre son buenos.

MANOL. (Abrazándola.) Como papá, ¿verdad?

CARMEN. (Besándolo en la frente.) ¡Sí, hijo, como papá!

MANOL. Papá no es malo, ¿verdad?

CARMEN. ¡Qué ha de ser malo, hijo!

MANOL. Como veo que siempre está abuelita regañando con él....

CARMEN. No es que regañen, es que no se entienden bien.

MANOL. Que piensan de distinto modo, ¿no es eso?

CARMEN. Así es.

MANOL. Y tío Antonio el cura, ¿por qué discute tanto con papá?

CARMEN. Porque tan poco se entienden.

MANOL. Pues papá habla claro; yo, que soy más pequeño, le entiendo bien.

CARMEN. Es que a ti te habla de una manera como a niño que eres, y a las personas mayores de otra.

MANOL. ¡Eso será! Pero yo lo que sé es que papá es cariñoso para todos, y a todos les habla con modos.

CARMEN. Es que papá es así y no puede ser de otra manera.

MANOL. Sus compañeros de la imprenta le quieren mucho, ¿verdad?

CARMEN. Sí, hijo; como todo el que le conozca.

MANOL. Pues le debiera de conocer todo el mundo, para que todos le quisieran.
CARMEN. Eso no es posible, hijo.
MANOL. ¿Por qué?
CARMEN. Porque la sociedad es así.
MANOL. ¡Pues vaya una sociedad!

ESCENA V

DICHOS y MIGUEL

MIGUEL. (Entrando.) ¿Qué, andamos de pláticas?
CARMEN. ¡Sí, de pláticas de familia! ..
MIGUEL. ....De las que nunca hice caso. ¡Igualito, igualito que nuestro D. Juan!
CARMEN. ¡Tú, siempre el mismo! Indiferente, burlón, y lo que es peor, sin orientación en estas luchas de la vida.
MIGUEL. Chica, ¿qué me cuentas? ¿También te vienes tú ahora con sermones de cuaresma?
CARMEN. No; sólo te recuerdo tu manera de ser. Lo que eres.
MIGUEL. ¡Pues sí que estoy yo bueno! Pero oye, oye: ¿de cuándo acá te permites tú también sermonearme? Porque, la verdad, tú nunca te has metido conmigo. Si fuera mi hermanito, ¡ese, sí! Ese no me deja ni a sol ni a sombra.
CARMEN. ¡Pues ahí verás! Desde que dejé de ser indiferente como tú, para pensar y enjuiciar mejor.
MIGUEL. (Con alguna extrañeza.) ¿De modo que tú?....
CARMEN. (Poseída de lo que dice y con sana alegría.) ¡Yo soy ya de la Idea! ¡Me debo a otra vida mejor!
MIGUEL. ¡No lo dije! ¡La convenció!
CARMEN. Como lo oyes: me convenció, porque tenía que ser así, y porque yo llevo en la cabeza su miajita de fósforo y no tarugos como otras y otros.
MIGUEL. ¡Oye, oye! ¿Eso de tarugo no lo habrás dicho por mí, eh?
CARMEN. ¡Tú verás!
MIGUEL. Bueno; pues has de saber que yo también llevo lo mío en la cabeza. Lo qué sucede es que soy más práctico que ustedes; que veo la vida por un cristal de vivos y alegres colores, y que no me pongo serio ni por un cortijo.
CARMEN. Pero si, para sentir la Idea, no hay que dejar de ser como uno es. Se puede ser alegre o triste, serio o jocoso, ¡pero con algo, con algo en esta (señalando a la cabeza.) oficina!

MIGUEL. ¡Qué quieres, hija! Cada uno lleva lo que puede o lo que le ponen. Es cuestión de suerte. A mí me pusieron gorriones y cintas de colores, y así ando yo, y así veo las cosas, y así tomo la vida....

CARMEN. Sí, a broma.

MIGUEL. Si te parece me meteré a redentor como mi hermano, que, desde que le dió por sermonear, no le hacen reir ni en Carnaval.

CARMEN. ¡Qué más quisieras que parecerte a tu hermano!

MIGUEL. Para parecerme a un fiscal, ya tenía bastante. Pero mira, Carmen, si la vida es un corto Carnaval, ¿a qué intentar entristecerla con nuestra seriedad por sistema y nuestra hipócrita manera de ser?... Lo que yo le decía una vez a un catalán que nos tachaba a nosotros los andaluces de ser demasiado alegres y poco trabajadores: «Desengáñese usted, D. Pablo; nosotros los andaluces somos los que mejor entendemos la vida; usted verá: la vida es corta, y los que hemos tenido la dicha de nacer en esta privilegiada tierra (antesala de la Gloria), embobados con la divina gracia de nuestras mujeres; embriagados con el perfume de sus caras (que son flores); orgullosos con nuestro Parque, el más bello del mundo; contemplando este nuestro cielo sevillano, más azul y más alegre, y teniendo ahí cerca a Jerez y a Sanlúcar—conforme se sale, a mano derecha—tenemos que ser así, no podemos ser de otra manera; y siendo así como somos, y como la vida es tan corta, apenas nos enteramos de ella, y por eso nos sorprende la muerte, siempre contentos, siempre riendo, siempre cantando....» Eso fué lo que le dije a aquel catalán, fabricante de.... no sé qué.

CARMEN. (Con disimulada y plácida risa.) ¡Qué exagerado eres!

MIGUEL. ¿Exagerado? Lo que digo ¡es la verdad! ¿Pues tú has visto una tierra como la nuestra en donde alguien, al morir, se quede serio? ¡Pero si lo pregonan las comadres en los velatorios! Dicen, mirando al que «ya está listo»: «¡Pobrecito de mi alma! ¡Si parece que se está riendo! ¡Si está dormido! ¡Si no está muerto!...»

CARMEN. Hoy estás como nunca, Miguel.

MIGUEL. Y tocante a trabajadores, ya se lo diría a esos señores del Norte, en nuestros veranos «deliciosos», con cincuenta y tantos y sesenta grados al sol en que trabaja el obrero sevillano. Héroes son lo menos dos meses del año. Como que igual que nuestros prehistóricos azulejos de las

arriadas, habría que hacer unos que dijeran: «A cincuenta y ocho grados del día tal trabajaron en Sevilla miles de obreros, que, mal comidos y descansando en insalubres y caras viviendas, aún ríen y cantan, y no son anarquistas, ni arrojan bombas.»

CARMEN. ¡Bueno! ¿Pero a qué viene todo eso?

MIGUEL. Pues a que, como por la falta de ilustración de los más, y el egoísmo y falta de amor de los otros, esto, a mi ver, no tiene remedio, pues hay que dejar de ser tan serio, ser más alegre, más sevillano y menos Cristo.

CARMEN. ¡Oye, que a sevillano y a hombre cabal no quiero yo que ganes tú a mi marido!

MIGUEL. ¡Conforme, mujer! Pero no hay que tomar las cosas tan a pecho y tan en serio, como las toma mi hermanito.

CARMEN. ¡Qué más quisiera tú saber lo que él sabe!

MIGUEL. Yo no sabré de esas grandes cosas que él sabe; pero que le he tomado la embocadura a la vida mejor que él, eso que no te quepa la menor duda. Yo, a mi modo, disfruto de esta vida más que él.

CARMEN. Sí, a tu manera. Tomándolo todo a *chufla*. Es una bonita y cómoda manera de entender la vida.

MIGUEL. ¡Qué quieres! De iguales padres, distintos genios.

CARMEN. Sí, te entiendo; el genio del bien, mi Ernesto, tu hermano; y el genio, ni bueno ni malo, tú, su hermanito. Porque no eres malo, sino indiferente y sin rumbo fijo en esta ruta de la vida. Es decir, eres, según mi Ernesto, de los que, sin querer, hacen más daño a la patria por no tener idea alguna, por ser cosa muerta y negativa para la política de tu nación.

MIGUEL. ¡Bueno, bueno! No te pongas tan seria, porque voy a creer que no estás buena de la cabeza. ¡Por mi salud!

CARMEN. Que te conste que eres de los que más irritan a tu hermano, de los indiferentes, de los sin pulso espiritual, como él dice.

MIGUEL. Para terminar, lo que te digo es que yo soy feliz a mi manera y no pretendo que todos sean como yo. ¡Allá cada uno con su geniecito!

ESCENA VI

CARMEN, MIGUEL y ERNESTO (que entra)

ERNEST. (Dirigiéndose a su hermano.) Oye, Miguel, apropósito, deseaba verte para decirte algo, para mí muy interesante.

MIGUEL. (Extrañado.) ¡Tú dirás!

ERNEST. Como alguna vez teníamos que hablar claro, esta es la mejor ocasión.

MIGUEL. La verdad, no sé a qué viene todo esto.

ERNEST. Pues a que ya estoy cansado de oir lo que tú dices por ahí de las genialidades de tu hermano.

CARMEN. ¡Ahí dejo a ustedes! ¡Que no vayan reñir! (Vase 1.ª derecha con MANOLÍN.)

ESCENA VII

ERNESTO y MIGUEL

ERNEST. Escucha: me parece mal, muy mal, te ocupes de mí, cuando yo a nadie digo como tú eres.

MIGUEL. Efectivamente, es cierto. Hoy, sin ir más lejos, se habló de ti en el casino, apropósito de las elecciones, y yo hube de decir que sentía tomaras tan a pecho esas cosas de la Idea, como tú dices. Eso es todo.

ERNEST. Ha habido algo más. Pues eso que ahora me dices, después de todo, no tiene nada de particular.

MIGUEL. Pues no sé a qué más te refieres.

ERNEST. Me refiero a que ni estoy loco, ni hago el *primo*, como tú, indiferente y sin pizca de respeto para mí, estás por ahí propalando.

MIGUEL. Te juro....

ERNEST. ¡Calla! No jures, porque es un sarcasmo el juramento en los labios cuando no responde fielmente al honrado sentir de la conciencia.

MIGUEL. ¡Adiós! ¿Ya vas a comenzar con tus predicamentos? Pues si sigues así me marcho.

ERNEST. No te irás sin que antes te diga todo lo que debo decirte.

MIGUEL. ¡Pero, hombre! ¡Es fuerte cosa que siempre que vengo a tu casa me has de amargar estos ratos!...

ERNEST. Porque tú quieres. Sólo tú, con tu manera de ser, das motivo a que yo te mire como te miro y te quiera menos de lo que debiera.

MIGUEL. ¿Pero qué es lo que yo hago?

ERNEST. Hablar cosas que no son ciertas; parecerte a idiotas e imbéciles; y, sobre todo, ser el eterno indiferente, el hombre-carne, el sin idea, en estos momentos tan críticos para la Historia patria.

MIGUEL. ¿Pero qué me quieres decir con estas cosas?

ERNEST. Que si siempre fué censurable no ser hombre-idea, hacer patria, hoy es criminal, si elevamos los ojos al cielo, y vemos, a través de las montañas, cómo Lutero lucha con Cristo en la más horrible de las guerras y en la más grande de las carnicerías humanas.

MIGUEL. Bueno. Pero ¿qué culpa tengo yo de las cosas que pasan en este pícaro mundo?

ERNEST. Tú, ninguna. Pero todos ustedes juntos, esa legión de indiferentes, la manada de hombres sin ideas, en la grande oficina del entendimiento, mucha.

MIGUEL. ¡Nada! Que acabarás por creer que soy algún bicho raro en esta sociedad....

ERNEST. No valen bromas; cuando se habla en serio, como ahora, hay que ser más formal, juicioso y reflexivo.

MIGUEL. ¡Pero, hombre de Dios, si dices unas cosas a tu hermano que más bien pareces un reverendo padre!...

ERNEST. Padre o hermano, reverendo o no, habrás de reconocer, por amor y no por fuerza, la autoridad que tengo sobre ti.

MIGUEL. ¿Pero qué autoridad es esa que tú te tomas?

ERNEST. La que me conceden los diez años que tengo más que tú.

MIGUEL. ¿Y eso qué es?

ERNEST. ¡Ah! ¿Te parece poco? Pues escucha: ¿Recuerdas, hará de esto unos doce años, lo que aquella venerable anciana, nuestra santa madre, me dijo al morir?

MIGUEL. (Desconcertado, conmovido.) ¡No sé, no recuerdo!...

ERNEST. (Pausa.) Pues me dijo: *¡Ernesto... hijo... mío!... ¡Cuida de tu hermano... que es más chico!... ¡No lo desampares!... ¡Es tan niño!...* (Pausa.) Y murió...

MIGUEL. (Abrazando a su hermano.) ¡Ernesto, hermano mío!...

ERNEST. ¿Crees tú que se puede uno olvidar, así, tan fácil, de aquellas palabras, las últimas que pronunció quien fué, para nosotros, nuestra propia vida?

MIGUEL. (Pensativo, más conmovido.) Verdad que....

ERNEST. ¡Oh, no! Cada vez que viene a mi memoria aquel cuadro, de unción lleno, se ilumina mi retina de plácidos y tristes recuerdos; la veo a ella, a nuestra santa madre, y me creo más bueno, más obediente y más hijo que nunca! (Pausa.) Ahí tienes por qué tengo derecho a cuidar de tu espíritu, a que seas más obediente con quien posee el más sencillo y sublime testamento que madre alguna legara al morir.

MIGUEL. ¡Pobre madre nuestra! ¡Qué virtuosa y qué buena era!...

ERNEST. ¿Comprendes ahora mi interés en que te parezcas a mí, en que seas como ella y yo queremos que seas?

MIGUEL. (Hecho otro.) ¡Sí, sí! Comprendo que eres más bueno que yo, que vales más que yo y que debo de respetarte más que hasta aquí!

ERNEST. ¡Así te quiero, hermano! (Le abraza.)

ESCENA VIII

ERNESTO, MIGUEL Y D.ª MERCEDES

D.ª MER. (Que sorprende a los hermanos abrazados.) ¡Bien, muy bien!...

ERNEST. (Con frialdad.) ¡Ah! ¿Es usted?

D.ª MER. Sí, la misma. Que no comprende las cosas que pasan en esta casa.

ERNEST. En mi casa habrá usted querido decir. (Dicho con doble idea.)

D.ª MER. (Algo confusa.) No te entiendo....

ERNEST. Me da igual; me entienden éstos, me entiendo yo y basta....

D.ª MER. Sabes que estás echando un geniecito que ¡vaya!...

ERNEST. ....Vaya usted pensando lo que dice, pues sentiría molestarla y decirle cosas que no le fueran muy agradables.

D.ª MER. ¿Pero qué has de decirme tú, yerno?

ERNEST. ¡Lo que usted se merece, suegra!...

D.ª MER. ¿Y qué es ello, vamos a ver?...

ERNEST. (Con calma.) Que no dudo sea usted una buena madre y excelente abuela, pero que, como suegra, al menos para mi gusto, lo hace usted mal, muy mal. Tan mal, que estoy dispuesto a terminar con tutelas extrañas.

D.ª MER. De modo que....

ERNEST. ....Que yo no soy su marido, señora; aquel tan buenazo, que quizás muriera el pobre por no sufrirla

más; que lo soy muy a mi gusto de su hija Carmen, que ya hace unos días es mayor de edad; que en esta casa mandan yo y ella, ella y yo.... Y.... en fin, que usted verá si me entiende.

D.ª MER. ¡Está bien! ¿De modo que me echas de esta casa?

ERNEST. ¡De mi casa! ¡Oh, no, señora mía! Tanto como eso, no. Ahora, que si usted no se enmienda....

D.ª MER. (A MIGUEL.) ¿Pero no ves qué lengua?

MIGUEL. Señora mía, lo siento mucho; yo no veo nada.

D.ª MER. (Con calma fingida.) Está muy bien, señor yerno. Me iré de su casa. Pero antes permítame que me despida de mi hija (de su esposa) y de mi nieto.

ERNEST. ¿Por qué no?

D.ª MER. (En voz alta.) ¡Carmen! ¡Carmen, ven!...

ESCENA IX

ERNESTO, MIGUEL, D.ª MERCEDES, CARMEN y MANOLÍN (que saldrá con ésta).

CARMEN. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

D.ª MER. Que tu señor marido me echa de tu casa.

CARMEN. (Extrañada, descompuesta y con respeto.) ¡¡Ernesto!!

ERNEST. Di que de mi casa, de nuestra casa, no la echa nadie; se va ella sola porque la empuja su espíritu, la manda el pasado. Esa es la verdad.

CARMEN. ¡Pero Ernesto!

ERNEST. ¡Silencio!

MANOL. ¡Papá!

ERNEST. ¡Silencio he dicho!

D.ª MER. Me voy donde me traten mejor que aquí; donde me den el puesto que me pertenece.

ERNEST. Sí, con su otra hija. Aquel yerno es mejor que yo; se parece a su marido. ¡Es otro buenazo!

D.ª MER. (Apresurada y sin volver la cara.) ¡Adios!... (Vase a la misma calle.)

ESCENA X

TODOS, menos D.ª MERCEDES. CARMEN, sentada junto al velador y los codos puestos en el mismo, llora. MANOLÍN consuela a la madre. MIGUEL, cerca a éstos. ERNESTO, con los brazos sobre su mujer y su hijo, como amparándolos, dice:

ERNEST. ¡Así, así os quiero! ¡Libres de prejuicios, fuertes de espíritu, pensando en Dios!...

TELÓN DE BOCA

CUADRO SEGUNDO

Plaza pública. Al fondo izquierda un hotel, cercado de verja, con letrero de bombillas eléctricas que diga: "CASA DE SALUD."

ESCENA XI (MÍMICA)

El escenario a obscuras; la sala, poco alumbrada; unas figuras, vestidas de negro, con largos velos, rodean a ERNESTO, que, con traje claro, se destacará del grupo. Casi a viva fuerza le van invitando y, al fin, lo meten en el Manicomio. La orquesta preludia música mística: TINIEBLAS.

TELÓN DE BOCA

CUADRO TERCERO

Otra plaza pública. A la izquierda, primer término, un establecimiento, sin clientes, abandonado y polvoriento, que diga: IMPRENTA Y LIBRERÍA. A la derecha, primer término, otro establecimiento, pero lujoso, que diga: TABERNA. A la puerta de ésta, veladores y sillas. Al fondo, una fuente, sin agua, y bancos y árboles en estado de abandono. Plantas y flores. Es Domingo de Resurrección.

ESCENA XII

Obreros, alcohólicos, imbéciles, chulos, gente del hampa, en fin, entrarán y saldrán de la taberna. Dos de ellos, EL RUBICHI y EL RENGAO, se sientan a la puerta y hablan.

EL RUBI. ¿T'as enterao?
EL REN. ¿Er qué?
EL RUBI. De que ar probe der loco ese que viene por aquí argunas tardes lo han metío en er Manicomio.
EL REN. ¿A quién, a Ernesto?
EL RUBI. Sí, a ese, er mismo.
EL REN. ¡Pobre hombre! ¡Me da lástima!
EL RUBI. ¡Pero si estaba majareta perdío!
EL REN. Ese hombre no está loco. Te lo digo yo. Lo que es un hombre mu güeno que le gustan las cosas mu justas y mu cabales; eso es too.

EL RUBI. Po cuando lo han enchiquerao por argo será.
EL REN. ¡Cosas e la política!
EL RUBI. ¿Tú sabes argo?
EL REN. Yo, no; pero me lo figuro.
EL RUBI. ¿Er qué, vamo a vé?
EL REN. El tiene un cuñao cura, ¿verdad?
EL RUBI. Creo que sí.
EL REN. Pues, según dicen, er curita no lo jama ni en broma; están siempre a rabiar; pon, además, que creo que echó el otro día a la calle a su suegra....
EL RUBI. Quién, ¿er cura?
EL REN. ¡No, hombre, el Ernesto!
EL RUBI. ¡Ah, ya!
EL REN. ....Y ya lo ves; por reñir con su cuñao er cura, y por echar a su suegra a la calle, lo meten en donde están los locos. ¡Una cruz era lo que se merecía!
EL RUBI. Dicen que la pobre de su mujer murió de pena y que al niño se lo llevó el cura.
EL REN. ¡Malo! ¡Malo! En fin, un cuadro que Dios nos libre.
EL RUBI. ¡Bueno, vamos a lo nuestro! (Saca un diario y lee:) «De Higiene.» «El Congreso.» «La Semana Agrícola.» «La Conferencia de anoche.» ¡Nada! «De Extensión Universitaria.» ¿Qué será esto? ¡Se está poniendo este diario!...
EL REN. ¡Pasa, hombre, pasa! ¡Al grano!
EL RUBI. ¡Toros en Barcelona, toros en Valencia, toros en Madrid, toros en Sevilla, toros en toda España!...
EL REN. ¡Ahí le duele! ¡Acabaras! (Arrancándole el diario.) ....Pero esto no pué ser. (Leyendo.) ¡Tiros en Barcelona, tiros en Valencia, tiros en Madrid, tiros en Sevilla, tiros.... en toda España!...
EL RUBI. (Extrañado.) Oye, ¿por qué será esto?...

ESCENA XIII

LOS MISMOS, y ERNESTO (por fondo izquierda); EL RUBICHI, al divisar a ERNESTO, irá a la puerta de la taberna, y como llamando a sus compañeros del hampa, dirá:

EL RUBI. ¡El loco! ¡El loco!... (Habrán salido como unos 10 o 12 frecuentes adoradores de Baco al anuncio de la llegada de ERNESTO. Éste avanza lento, como atormentado por grande pena.)
EL REN. (Dirigiéndose altanero a ERNESTO.) ¿Cómo vamos, D. Ernesto?
ERNEST. ¡Mal, muy mal! Este corazón mío me anuncia fa-

tales cosas; no quiere sufrir más y me abandona.

EL RUBI. ¡Tiene gracia!

ERNEST. Lo que tengo es lástima, compasión, a los seres degradados que así se entregan al vicio, mientras el mundo entero lucha por la Idea salvadora, que siendo a todos común, el hombre la envenenó con su pequeñez y sus bajas pasiones.

EL REN. Y a usted, ¿qué le va en ello?

ERNEST. Ya lo véis, nada, poca cosa; un honrado hogar deshecho, una vida rota, un mundo de ilusiones, un corazón al servicio de todos: de rufianes y canallas, imbéciles y alcohólicos.... y aún me preguntan, ¡qué me va en ello! ¡Idiotas, que no comprenden la existencia del alma buena, la heroicidad del hombre justo entre tanta molicie y tanta ignorancia! ¡Miserables, que no alimentan más que de las mezquinas bajezas de esta gusanera inmensa en donde el hombre justo no vale nada!

EL RUBI. (Al oído a EL RENGAO.) Hoy está peor.

ERNEST. ¡Felices los que no han menester del alma para hacerse la ilusión de que viven, ni necesitan del corazón para regular los sentidos, pues los tienen embotados de tanta idiotez y de ignorancia tanta!... (Echándose mano al sitio del corazón y haciendo muecas y visajes agónicos.) ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Pobre España!... ¡Mi hijo!... ¡Mi hijo del alma!... ¡Dios salve a España y los hombres de buena voluntad!... (Cae al suelo y muere. Lo mató su corazón. Al caer, ya cadáver, los diez o doce alcohólicos que antes le escucharan, se descubren, y de los jardincillos de la plaza pública arrancan unas florecillas, pétalos de rosas que echarán sobre el cadáver de ERNESTO.)

A POCO TELÓN RÁPIDO

FIN

Precio: DOS Pesetas